

BOLETIN

DE

HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

DIRECTOR:

EDUARDO POSADA

REDACTORES:

LUIS AUGUSTO CUERVO Y ROBERTO CORTAZAR

VOLUMEN XVII



BOGOTA
IMPRESA NACIONAL
1928

DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

DIRECTOR,
EDUARDO POSADA

REDACTORES,
LUIS AUGUSTO CUERVO
ROBERTO CORTAZAR

Bogotá—República de Colombia

BOLIVAR COMO MILITAR

II

Aunque muchísimos escritores han tratado los rasgos más salientes de Bolívar como militar, son sin embargo muy pocos los que se han detenido a contemplar las excepciones que en tal sentido lo distinguieron por sobre todos los capitanes que fueron antes; desgracia para su obra es que no se haya tenido a la vista más que el anchuroso teatro en que realizó sus hazañas y proezas; porque no oprimió, como Napoleón, un continente con aquellos ejércitos poderosísimos de centenares de miles de soldados, ni dispuso de formidable armamento, ni de todos los elementos que proporcionaba la civilización europea, ni de las enormes riquezas que se exprimían de pueblos opulentos y esclavizados. Al principio de la guerra las montoneras patriotas gracias daban de poder prepararse a la defensa con palos, cuchillos, pocas armas de fuego y los instrumentos de labranza; los españoles, por el contrario, disponían de los materiales del Gobierno hacinados en los parques y guarniciones. El éxito de los combates de los patriotas estaba confiado más al valor personal y a las habilidades individuales que a las ciencias militares; la táctica de ataque y defensa era desconocida de aquellos hombres que abandonaban sus hogares y los campos de las industrias.

Sin creer que Cornelio Hispano haya querido formular un reproche al Libertador allí donde dice que Bolívar no inventó nada para las artes de la guerra como Federico de Prusia y otros militares, y por consiguiente sin que intentemos ensayar una defensa del ilustre caudillo a este respecto, viene a la mente la observación de que en la historia de aquella guerra de diez y siete años hubo en orden a las prácticas guerreras los siguientes hechos: primero, que con excepción de los militares veteranos que en América tenía el Gobierno español y de algunos que envió después, los realistas combatían por regla general con la táctica de guerrillas establecida en España por el Coronel Sanjuán, don Juan Díaz Porlier y

don Francisco Espoz y Mina, táctica que producía desorden, confusión, cansancio y aniquilamiento en los ejércitos veteranos franceses, y que por imitación y aprendizaje se hizo de uso común en los países americanos; segundo, que no pudiendo el Libertador igualar sus tropas a las del enemigo ni en número, ni en la calidad de las armas, ni en la disciplina militar, el caudillo americano puso en práctica como producción exclusiva de su mente un sistema de combate distinto del europeo, nuevo, desconocido, sorprendente, que aunado a sus excelsas dotes de estrategia le produjo los más admirables resultados; y que ese sistema o táctica peculiar no fue obstáculo para que más adelante, con el auxilio de la disciplina impuesta por los elementos extranjeros y sus estudios de Montecúculi, Jomini y especialmente del General Tiebault, hiciera las aplicaciones más acertadas de la doctrina militar; y tercero, que no siendo la táctica militar, o arte de las maniobras de combate, más que el modo como se desarrollan el ataque y la defensa, tales pormenores no corresponden sino a la actividad instintiva de los subalternos, y por consecuencia Bolívar, iniciador, instructor y director ponía todo ello al servicio de su capacidad estratégica, que es el arte de ganar las batallas y de hacer efectivo el éxito de las campañas.

Sábese que el arma favorita de Bolívar era la caballería, en la cual llevaba siempre como distintivo una lanza con banderola; en aquellos tiempos del fusil de percusión y cazoleta, de alcance muy limitado, la caballería era una verdadera arma, y casi siempre irresistible en campo apropiado a sus movimientos. El día 31 de julio de 1813 se encontraron las avanzadas de las tropas de Bolívar en las alturas que separan la sabana de Los Pegones de las de Tinaquillo, con la columna del Coronel Izquierdo, compuesta de 2,800 hombres; el Coronel Urdaneta, que mandaba la vanguardia, atacó, desalojó y aun hizo algunos prisioneros, pero al traspasar dichas alturas halló el enemigo formado en orden de batalla y preparado para ella; pocos eran los atacantes, mas no convenía aplazar el combate, porque era el terreno propio a las maniobras de la caballería si se podía obtener alguna ventaja, o porque si se daba lugar a que Izquierdo se retirara sería reforzado por Monteverde; Urdaneta procedió al ataque con el fin de entretener, molestar y atraer a los realistas, mientras llegaba Bolívar con el resto de sus tropas, que no tardó; pero era ya tarde del día, y los enemigos comenzaban la retirada y acaso se perderían los frutos alcanzados en los combates anteriores.

Bolívar ocurrió entonces al medio de montar en ancas de los caballos toda la parte de infantería y caballería que fue posible; Urdaneta, Girardot, D'Elhuyart y otros efectuaron el movimiento, y cuando estuvieron casi encima del enemigo desmontaron repentinamente los peones; así los lanceros a caballo y los peones con sus bocas de fuego y sus bayonetas sembraron el desorden y la confusión en las filas realistas, penetrando hasta el centro de las columnas, arrollándolas, acuchillándolas y causando mortandad espantosa;

el empuje fue tan grande y eficaz, que muchos enemigos quedaron a retaguardia, y el triunfo fue absolutamente completo.

Fue aquella una medida que combinaba en un solo cuerpo las dos armas de infantería y caballería, obrando y auxiliándose simultáneamente y en que se le daba a un ataque ordinario la forma de un asalto, modo éste que también fue generalmente usado en las operaciones del nuevo General. Y no era que Bolívar desconociese lo irregular e imprudente que podía ser el fatigar demasiado a los caballos con el peso de dos jinetes a un tiempo, sino que adivinaba el efecto moral que produciría semejante maniobra, y que de ésta no podía hacerse uso sino cuando determinadas circunstancias lo exigieran y en ocasiones propicias pudiese llevar a cabo; y así lo hizo en otras ocasiones posteriores, como en Araure, donde tuvo otro brillante triunfo; como en Clarines, y como lo hubiera hecho en Junín si no hubieran sido suficientes los aires violentos que dio a la caballería. Y así lo aconsejaba también a sus subalternos; al General Páez decía en 1818:

«Ya que la infantería de usted es poca, será muy útil que usted la monte como cazadores a caballo, lo mismo que se puede hacer con los húsares que deben tomar fusiles para que obren con la infantería a pie cuando las circunstancias lo exijan» (1).

Y al General Sucre, en 1824: «Regla general: creo que siempre que falte caballería, debemos montar buenos fusileros, para que se suplan por cazadores montados» (2).

Los crueles y terribles escuadrones de Yáñez, de Rosete, de Boves y de los demás degolladores de patriotas y destructores de Venezuela no fueron temidos ni por la táctica ni por su disciplina, ni por la homicida ferocidad con que los *Húsares de la muerte* iban cubriendo de cadáveres los campos americanos; ellos tuvieron sus triunfos, gracias a la superioridad extraordinaria del número, arrolladora, irresistible, prodigiosamente multiplicada, porque nada había tan impopular como la revolución; pero esos triunfos fueron demasiado costosos, demasiado difíciles y demasiado dolorosos a los españoles dondequiera que los americanos estuvieron encabezados por Bolívar, quien o les infligía tremendas derrotas, o les hacía grande estrago antes de retirarse. No eran sus lanzas de la ordinaria fabricación usada en los ejércitos europeos y por los veteranos de América, aquella lanza de fácil manejo para jinetes y lanceros de a pie, de dos metros de asta, e instrumento cortante y punzante de un palmo de acero en forma de hoja; sus lanzas eran largos chuzos o dagas puntiagudos de acero, enastados en varas o pértigas de tres y hasta de cuatro metros de longitud, manejadas por brazos muy escogidos y de educación especialísima para su objeto. A esta ventaja, que era muy notable en aquel tiempo, en

(1) Instrucciones al General Páez desde Angostura en septiembre 20 de 1818.

(2) Instrucciones de 13 de febrero de 1824.

que el mayor alcance de la fusilería no pasaba de doscientos metros y en que una caballería con buen aire apenas daba tiempo para que el fusilero hiciera la primera descarga y armara la bayoneta, debió muchísimos de sus éxitos no sólo en los combates de la primera época (1812-1815) sino en los que hubo de librar contra los ejércitos de Morillo, y más tarde en el Sur; estas armas fueron las que hicieron el estrago de Junín y las que causaron la sorpresa del General Andrés García Camba, Jefe del Estado Mayor del Ejército español que allí fue destrozado (1).

Poca importancia tienen estas minucias de las armas cuando se piensa en maniobras de combate que nada tuvieron de científico, ni fueron preparadas en campo sosegado, ni resultaron de una academia militar; lo que se admira es que el novel caudillo en los principios de su carrera comprendía, por innata perspicacia, el modo de equilibrar la debilidad de sus fuerzas con la potencia abrumadora del enemigo; guerra de posiciones, de marchas y contramarchas, de sorpresas, de presión sobre los cuerpos contrarios, de obligar a éstos a diluir sus masas en grupos pequeños para batirlos en detalle y triunfar sobre ellos, o a lo menos para que el propio desastre no fuera definitivo ni irremediable; eran los primeros años de un aprendizaje lento y doloroso; oficiales como los Montillas, Carabaños, Cortés Campomanes, Mires, Aldao, Villapol y otros habían hecho campañas en Europa; pero ¿cómo podían éstos dirigir, disciplinar e instruir soldados bisoños salidos de las labranzas, de las escuelas y colegios bajo el fuego del enemigo y de las cargas a lanza y bayoneta que habían de dejarlos degollados en el campo? Todo era nuevo, improvisado, desconcertante.

De todos los caudillos que en Venezuela combatían por la emancipación era Bolívar el que mejor sabía apreciar la importancia de las posiciones para el combate, y su pronóstico era infalible desde el momento en que las examinaba. Para combatir a Monteverde en las Trincheras maniobró de manera de obligar al realista a dejar las ventajosas posiciones que tenía y a cometer el error de aceptar acción en otras que le fueron desfavorables; cuando llegó al combate de La Puerta (abril de 1814), empeñado por Mariño contra las poderosas huestes de Boves, improbió el que su compañero se hubiese comprometido en malas condiciones de terreno, y se hizo solidario del desastre solamente por compromiso de honor; acaso en Aragua hubiese Bolívar salvado los restos de los batallones aniquilados por las fuerzas unidas de Boves y Morales, pero el General Bermúdez empeñó un combate imprudente (agosto 17 de 1814) en las más malas posiciones, contra la voluntad del Dictador, y de allí el fracaso previsto por éste.

En las sabias y muchas instrucciones que daba al General Sucre en la campaña del Perú, encontramos esto, que revela el interés que le despertaban unas buenas posiciones:

(1) *Memorias del General García Camba*, capítulo xxiv.

«El pueblo de Corongo, que está a una jornada de Atunguailas, es un excelente punto para defenderlo con un ejército que sea poco más o menos inferior al del enemigo, y sería intomable si no hubiese un camino que lo rodea y lo toma por la espalda. Haga usted examinar bien ese país para ver si lo podemos defender con algunas fortificaciones cortadas y siete mil hombres. El Comandante O'Connor puede ser empleado en ese trabajo» (1).

Y si con mente reflexiva y cálculo fundamental apreciaba la importancia de las posiciones y las sabía utilizar o sacar partido de ellas, no menos apreciaba, utilizaba y sacaba partido de los efectos morales que debía causar en el ánimo de los contrarios; por eso, sin embargo de que la maniobra del asalto es por regla general tan peligroso para el asaltante como para el asaltado por la gran previsión y requisitos que se necesitan para que el éxito sea completo, Bolívar era el hombre de los asaltos; ya hemos dicho que casi siempre los combates empezados en forma ordinaria los decidía convirtiéndolos inopinadamente en un asalto, y es lo cierto que en sus acciones, en sus escritos y en las instrucciones a sus subalternos se ve la predilección a este género de maniobras.

En su iniciación militar, cuando perdió la plaza de Puerto Cabello, al dar parte al General Miranda de sus esfuerzos para recobrarla, le decía: «En todo el día 1.º estuve combinando la operación única que podía hacernos dueños del castillo, y era la de asaltarlo con 300 hombres, por la parte de Hornabeque, que es la más accesible; pero la dificultad de buques menores para transportar los soldados fue un obstáculo invencible»; en 9 de diciembre de 1814, cuando se preparaba a tomar la ciudad de Santafé (Bogotá) para derrocar la dictadura de don Manuel Bernardo Alvarez, le escribió a don Juan Jurado: «Ustedes se obstinan en perecer a manos de nuestros soldados, que tienen orden de asaltar la ciudad y de no dejar por la espalda un solo habitante de cuantos pueden asesinarlos alevosamente por las calles, casas y ventanas».....

El día 9 de junio de 1816, cuando arribó a las costas de Venezuela con la expedición de los Cayos, tomó la plaza de Carúpano por asalto; comunicando el suceso de Clarines (enero de 1817) él mismo escribía al General Mariño:

«La metralla y la fusilería hacían tales estragos en nuestra columna, que ésta empezó a vacilar y al fin se desordenó. Muchas veces intentámos tomar el puesto a la bayoneta. Yo mismo puse pie en tierra y conduje esta columna al asalto. Nada pudo conseguirse a pesar de nuestra resolución.»

En una de tantas ocasiones que escribía al infiel Mariño sobre la necesidad de que viniese de Cumaná a reforzarlo en Barcelona, le dijo: «Sin Barcelona no tendremos puestos donde recibir auxilios exteriores, ni víveres con qué continuar la campaña sobre

(1) Instrucciones de Pativilca, de 13 de febrero, 1824.

Caracas, ni las operaciones contra Cumaná. Si fuese fácil tomar a Cumaná con la cooperación de las tropas de Barcelona, yo iría en persona con ellas, aunque perdiésemos esta plaza; pero estoy cierto que no llevando muchos víveres o no tomándola al asalto, nuestra situación empeoraría y al fin nos veíamos reducidos a introducirnos en los Llanos a hacer la guerra de bandidos» (1). En una de las intimaciones que le hizo al Jefe de la guarnición española de san Fernando el 7 de febrero de 1818, le notificó:

«Ya se han cumplido las veinticuatro horas que he concedido a esa plaza para que resuelva si capitula o se toma al asalto. Todo está pronto para cumplir mis amenazas, si usted por una ciega tenacidad me obliga a derramar una sangre que por ser americana es preciosa a mis ojos.»

La batalla de Calabozo (12 de febrero de 1818), primera en que combatieron frente a frente Bolívar y Morillo, principió con los movimientos de infantería del Regimiento de *Castilla* de los españoles y del batallón de *Barcelona* de los patriotas, y cuando estaban empeñadas casi todas las fuerzas de los primeros, el asalto hecho por las brigadas de caballería fue tan repentino y sorprendente que hasta la reserva realista, compuesta del regimiento *Navarra*, fue destrozada. Al General Mariano Montilla le aconsejaba hiciera lo posible por tomar a Cartagena por medio de un asalto:

«Estas tropas (las con que llegó el General D'Evereux) también pueden intentar sobre la plaza un ataque audaz y temerario por la parte de Santo Domingo, llevando escalas pequeñas y excitando el movimiento antes del amanecer. Este golpe podría verificarse en buques menores, y, por supuesto, sin amenazar por aquella parte y alejando toda idea que hiciese sospechar el proyecto» (2).

Después de Ayacucho, el mismo día en que instaló el Congreso del Perú y declinó el ejercicio de la dictadura, ofreció continuar en el comando del Ejército Libertador y marchar contra el resto de las fuerzas españolas y rescatar la plaza del Callao, que tenía sitiada,

«Yo marcharé con ellas (con sus tropas), y la plaza del Callao será tomada al asalto por las del Perú y Colombia» (3).

Es una verdad tan antigua como las luchas de los hombres y de las naciones aquello de que la estrategia no tiene reglamentación fija ni obedece a órdenes preconcebidas como las que rigen en las artes manuales o de práctica aplicación; ella es una ciencia peculiar, exclusivamente personal, fruto de las capacidades intelectuales del General en Jefe, y cuyos superiores resultados se hacen efectivos por la combinación de los mil detalles que se ofrecen a la

(1) Nota oficial de 28 de enero de 1817.

(2) Instrucciones de Cúcuta a 1º de agosto de 1820.

(3) Discurso pronunciado en la instalación del Congreso.

aplicación de los principios científicos que forman el acervo de toda la sabiduría humana (1).

Así lo significaron los antiguos cuando pusieron el desarrollo y los resultados de las prácticas guerreras bajo la triple protección de Belona, que encendía las pasiones de los combatientes; de Marte, suministrador de la prepotencia, y de Minerva, que además de madre de las ciencias llevaba sobre su casco el buho significativo del insomnio y la vigilancia, y en una mano el bastón de la autoridad con una serpiente, símbolo de la sutilidad y de la astucia, y en la otra la espada representativa de la represalia y la justicia.

En el Libertador Bolívar se admira al caudillo que en sus primeras operaciones busca en una táctica especial el equilibrio de sus mezquinas fuerzas con las muy poderosas de sus contrarios; después, cuando sus extraordinarias capacidades asimilativas lo han instruído con la práctica en los campos y con la doctrina de autores que vienen a sus manos, se le admira como un organizador de primer orden y como un estratega de los que rara vez se presentan como honra de los espíritus selectos en negocios de la guerra.

Reducidos a la obediencia los caudillos que ambiciosos de mando y de gloria querían hacer independientemente la guerra a los españoles y entorpecer las operaciones republicanas con rivalidades e insurrección; incorporadas en un solo ejército las divisiones, batallones y partidas que en el país defendían la misma causa; recibidos los contingentes enganchados en Europa y las municiones y pertrechos provenientes de contratas en el extranjero; efectuada la unidad de pensamiento y de acción, de mando y de dirección mediante el reconocimiento que de su autoridad hizo un consejo de gobierno que le prorrogó las facultades de Jefe Supremo de la República de Venezuela, ya Bolívar no era un simple caudillo de la revolución sino un verdadero General en Jefe de tropas regladas, dirigidas por veteranos y que actuaban en operaciones regulares; una inmutable constancia, una paciencia sublime, unas energías morales sin par, un valor indomable, un concepto claro de la misión que se imponía, hicieron que el gran patriota se mirase dentro de sí mismo, y al mirarse se encontró con la fortaleza de ánimo

(1) «Depositario de toda la autoridad, dueño de todas las voluntades, director de todas las operaciones, primer juez en su ejército de las cosas y personas; todo depende absolutamente de él, deduciéndose de aquí que para corresponder a semejante confianza debe ser en lo político, administrativo y militar tan grande en sus acciones como en sus atribuciones; y encargado de resolver el problema de la guerra, debe obrar más bien según su talento, que con arreglo a una teoría siempre insuficiente. Todo se debe esperar de él y nada hay que decir sobre él; y como para el bien del servicio y el éxito de las operaciones, la disposición más esencial en su ejército debe ser una ciega confianza en sus talentos, sería un crimen el presentar ejemplos inútiles o un análisis indiscreto de lo que puede o debe hacer según las ocasiones.» Tiebault, *Manual general del servicio de los Estados Mayores Generales y Divisionarios*.

suficiente para llevar a cabo la obra que desde hacía muchos años había entrevisto, para seguir dominando las mil dificultades que se le habían de presentar, como había dominado las que se le presentaron antes; para mandar y hacerse obedecer, para imponer su voluntad sobre los hombres y sobre los contratiempos; para luchar, para vencer y para llegar a la meta ambicionada: «Bolívar—dice el italiano Miari—si sentida sempre piu forte, novello Achille, e voleva dare alla Colombia gloria ed independenza» (1).

En el año de 14 cualquiera hubiera creído que los esfuerzos de Bolívar eran nada ante la suma de obstáculos y adversidades que le abrumaban, pero dicen Baralt y Díaz que el Libertador «era hombre hecho como el fuego del cielo, para brillar en medio de las tempestades; cuanto más desgraciado más grande. Y no se diga que una necia confianza le cegaba hasta el extremo de ver como evidente el triunfo de la República; lejos de eso, su espíritu luminoso y penetrante había medido ya la extensión del peligro que la amenazaba.»

En fines de 1817 y principios de 1818 las cosas variaban no sin esfuerzos inauditos; ahora el General en Jefe ya ve con seguridad y precisión la libertad y unión de Venezuela y la Nueva Granada, y aun se alcanza a contemplar con sus valientes escuadrones recorriendo en marcha triunfal los países de Sud América; refiriéndose a los últimos meses del año 17 dicen los mismos historiadores:

«Ya los patriotas no son una gavilla de guerrilleros rivales obrando cada cual por sí, sin concierto ni plan en un vasto territorio, no reconociendo autoridad ni freno. Ya tienen a su cabeza un hombre de vastas y profundas concepciones que mancomune sus esfuerzos, que dirija su valor imprudente, que dé orden y respetabilidad a su partido: ese hombre, superior a los reveses, echó con la expedición de Ocumare los fundamentos de la segunda restauración republicana: con un grande y solemne acto de justicia la afirmó (2); con la creación de un Consejo de Estado; el repartimiento de bienes nacionales y la designación de una capital provisional, ha dado a un tiempo fuerza al gobierno, estímulo al valor, centro a su causa.»

Bolívar con escasas fuerzas, que no alcanzaban a formar una unidad táctica divisionaria, exageradamente llamadas ejército o cuerpos de ejército, hubo de combatir contra las más numerosas, agueridas y aprovisionadas expediciones enviadas de Europa, unidas a las numerosas legiones de criollos que en Venezuela y Nueva Granada sostenían la causa de España; pero parece que al tener al frente a los generales que vencieron a los ejércitos de Napoleón y que venían repletos del orgullo de su gloria, más valor, más osadía, más inteligencia y más inquebrantable resolución le daba

(1) Enquirrendo Miari, *Bolívar il Liberatore*.

(2) Aluden al fusilamiento de Piar.

una inspiración celestial; triunfa en Calabozo despedazando las huestes de Morillo, y antes que el vencido vuelva de su estupor, a los cuatro días en el Sombrero, a orillas del Guárico, le vuelve a infligir otro desastre aún más lamentable; en el Semen recibe Bolívar un golpe capaz de tranquilizar a Morillo triunfante pero gravemente herido, y cuando éste creía al patriota sufriendo el aniquilamiento de sus fuerzas, es sorprendido por la noticia de que el derrotado a los doce días no más toma la formidable revancha en la batalla de Ortiz, donde desbarata a sus recientes vencedores; unas veces triunfador y otras vencido, Bolívar no logra apoderarse de la provincia de Caracas que le atrae con letal fascinación, pero adquiriendo nuevas ventajas y más ventajosas posiciones, cuando los enemigos le temblaban y creían sentir el trote de su caballo, ya convalecía de una inmensa retirada que hubiera envidiado la estrategia de Jenofonte. Por eso decía Morillo a la Corte: «Bolívar, triunfante, sigue un itinerario conocido; perdido, no es posible saber dónde caerá más que nunca activo y formidable.»... «Se necesitan hombres con quienes vencer a Bolívar, alma indomable, a la que le basta el triunfo más pequeño para adueñarse de quinientas leguas de territorio. Bolívar es el jefe de más recursos, y no hallo yo nada, ni modo de comparar su actividad.» ¡Admirable! Retirado Bolívar a Angostura, su capital provincial, instala un Congreso, reorganiza y refuerza, mueve sus cuerpos de ejército, combate en diferentes direcciones, obliga lo principal del enemigo a tomar cuarteles de invierno poniendo al frente escuadrones y regimientos que lo inmovilizan, y bajo la inclemencia de la estación lluviosa, que hace salir de madre los más caudalosos ríos y que convierte las inmensas pampas en mares verdaderos, marcha a invadir la Nueva Granada, para lo cual ha de tropezar con el ejército y guarniciones aguerridas que guardan sus fronteras; vadea las grandes, profundas y correntosas arterias, atraviesa desiertos, recorre pedregales y ocupa a Casanare; sigue sobre Paya, y atacando al enemigo, obligalo a abandonar sus antiguas y bien preparadas posiciones y a seguir una derrota por Labranzagrande y el terrible páramo de San Ignacio a Sogamoso; y en seguida, con tropas ya medio desnudas, con caballerías lasas y estropeadas, con hombres de los climas más tórridos y ardientes, emprende el increíble y fabuloso ascenso de los excelsos Andes, cuyas cimeras heladas no se divisan porque las nubes las ocultan.

El que esto escribe también ha tenido el honor de atravesar con tropas la excelsitud de aquellas cumbres holladas por el rútilo genio de los libertadores, aunque en dirección contraria, en la misma época y en las mismas fechas del año (julio de 1902); siguiendo la dirección de los patriotas diremos que el camino entre los pueblos de Paya y Pisba es escabrosísimo, que obliga a ascender la empinada cumbre de Las Cruces, y que para descender al segundo de estos pueblos la pendiente es un estrecho desfiladero rocalloso, de altos peldaños y de rodantes guijarros, y por donde difícilmente puedes desfilas las acémilas una tras otra, teniendo del lado izquierdo con

abismos por donde se precipita la corriente del río Paya, y al derecho los acantilados de la sierra; de Pisva hacia Tobacá y los asientos de lo que se llamó Pueblo Viejo, el sendero, casi nunca transitado, es pedregoso, y se encuentra a cada momento cortado por riachuelos de impetuosa corriente; luego siguen en pendiente casi inaccesible las serpenteadas torrenteras de piedras y guijarros sueltos mezclados con arena, y en las cuales la lluvia forma chorros que arrastran tales materiales contra el fatigado viandante; en la Ramada, donde los republicanos encontraron cadáveres insepultos de patriotas asesinados por los realistas, comienza a desaparecer la vegetación y a enrarecerse el aire haciendo la respiración jadeante y anhelosa; y luego al trepar al enhiesto ventisquero hay que faldear una laja de granito casi perpendicular, en la extensión de quince kilómetros, en donde un resbalón de peón o de caballo lo hace precipitar a un abismo de donde no se volverá a saber hasta la eternidad; allí en aquella laja (la Laja de Pisva) se experimentan las arremolinadas tremolinas, las tormentas de viento y nieve, las tempestades fragosas de truenos que ensordecen y relámpagos que ciegan, todo a un mismo tiempo aunado a los recios granizales; las caballerías se acalambrian, y los hombres al caminar dañan traspies y vacilan tiritando. Así transmontó Bolívar aquellas altitudes andinas por el páramo de Nubagote, de donde salen los soldados desesperados en busca del enemigo por huir de los furiosos de la naturaleza, descolgando sus tropas sobre los amenos campos de la Provincia de Tunja. A las peñas de Tópaga salió a detenerlo el ejército realista, que se había retirado de Labranzagrande; y mientras se sostuvo por las vanguardias reñido combate en el puente de Gámeza y los combatientes se disputaban las inexpugnables posiciones, el Libertador, con movimientos rápidos y audaces, cayó sobre la sabana de Bonza.

No encontró Bolívar su Capua, su lugar de descanso, de placer y de delicias, en los amenos y encantadores valles de Duitama y Sogamoso; pero tuvo su gloriosa Cannes en la cruentísima y homérica batalla de Pantano de Vargas, cuyo epílogo fue la decisiva de Boyacá, donde terminó para siempre el mando de los españoles en la Nueva Granada (agosto 7 de 1819). La ocupación de la capital (antigua Santafé, hoy Bogotá) produjo al ejército republicano todos los parques y depósitos de elementos de guerra del interior del virreinato, los soldados realistas que fueron incorporados en las tropas independientes y la muchedumbre de los que se presentaban a tomar las armas, la libertad de nueve provincias y un millón de pesos que el virrey Sámano dejó abandonados, y que vinieron a servir para gastos de la guerra. «Esta desgraciada acción—escribió Morillo al Ministro de Guerra—entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en la Mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú, en que no hay ni un soldado, queda a merced del que domina en Santafé, a quien al mismo tiempo se abren las Casas de Moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el Rey nuestro señor en todo el virreinato.

Tres mil venezolanos aguerridos, que formaban la tercera división, muy buenos oficiales y cuatro o cinco mil fusiles aumentan ya el ejército de Bolívar» (1). Tal fue el resultado glorioso de una campaña de tres meses con que se presentó Bolívar al Congreso de Angostura, de donde con aquella increíble celeridad con que se movía partió a los pocos días a continuar las operaciones militares contra el ejército que oprimía a Venezuela; despachar un cuerpo de ejército que libertando a Popayán amenazara la Presidencia de Quito; enviar al General Sucre con tropas colombianas a sostener la insurrección de Guayaquil; mover expediciones libertadoras sobre Cartagena, Santa Marta y Ríohacha; reorganizar el ejército que directamente comandaba, enviar comisionados al extranjero en solicitud de armas, municiones y otros equipos militares; negociar armisticio y un tratado de regularización de la guerra; tener una entrevista con Morillo antes de éste seguir para España; dar prudentes y sabias instrucciones a los Generales subalternos suyos; todo esto, además de importantísimas ocupaciones políticas y de una serie de triunfos parciales, fue la obra que desempeñada audaz e inteligentemente culminó con la gran batalla de Carabobo (24 de junio de 1821), en donde la táctica científica y el más fino sentido de estrategia terminaron para siempre el dominio español en la patria del ínclito hijo de Caracas. En cuatro palabras condensó el Libertador el resultado material de Carabobo: «Ayer — dijo en su parte al Vicepresidente de la República— se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia. . . .» «El ejército español pasaba de seis mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo; 400 hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello.» A los cinco días de este acontecimiento ocupó Simón Bolívar la capital de Venezuela, su ciudad natal, el objeto más perseguido en sus operaciones militares, y la cual no veía durante siete años de ausencia; para su recepción, dice el parte del Ministro de Guerra:

«No hubo tiempo de que hiciesen otros preparativos que los del corazón; y ha sido este el modo con que Caracas ha expresado más vivamente sus sentimientos de gratitud y amor al Libertador de la patria, y su ardiente entusiasmo por la libertad.»

No acababan de resonar las últimas detonaciones de Carabobo cuando el visionario de Casacoima, aquel a quien parecía dementar el más frío de los deliquios, volvió su pensamiento a la libertad e independencia de las regiones meridionales de América; al punto determinó que se reorganizase la marina y que se estableciese la estación naval en Santa Marta para que de allí pasasen cuatro mil bravos de Colombia a ocupar el istmo de Panamá, y una vez libertada tan importante Provincia siguiesen rumbo al Perú y Chile: es verdad que el Congreso de Cúcuta no había hecho nueva elección de Presidente, ni se le había concedido tampo-

(1) Monsalve, *El Ideal Político del Libertador*, 124.

co el permiso legal para que emprendiese una obra seria y delicada como la de emprender aquella campaña, que costaría grandes sacrificios a la nación; pero ¿quién les ha puesto grillos al pensamiento y a los deseos? Inmediatamente escribió al Almirante lord Cockrane, que comandaba en el Pacífico la armada chilena:

«Yo convido a Vuestra Excelencia para que con su victoriosa cooperación venga a las extremidades de Colombia sobre las costas de Panamá, a dar su bordo a los soldados colombianos que, dejando ya las banderas del triunfo sobre todos los muros de la república, quieren volar a los Andes del sur a abrazar a sus intrépidos y esclarecidos hermanos de armas para marchar juntos a despedazar cuantos hierros opriman a los hijos de la América.»

Y al general San Martín, que con suerte veleidosa luchaba contra los españoles del Perú:

«Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue Vuestra Excelencia, el Perú y su Ejército Libertador....»

«Quiera el cielo que los servicios del Ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú; pero él marcha penetrado de la confianza de que unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aun a mirarlo.»

Y al Director de Chile:

«Desde el momento en que la Providencia concedió la victoria a nuestras armas en los campos de Carabobo, mis primeras miradas se dirigieron al Sur, al ejército de Chile. Lleno de los más ardientes deseos de participar de las glorias del Ejército libertador del Perú, el de Colombia marcha a quebrantar cuantas cadenas encuentre en los pueblos esclavos que gimen en la América Meridional.»

La variedad y alternativa de las emociones de la guerra tienen sus encantos; la gloria del triunfo donde han estado en peligro el honor y la vida es incomparable; el amor al prestigio de las armas atrae irresistiblemente al propio tiempo que impulsa. Bolívar, digan lo que quieran los que no lo comprenden, nunca ambicionó el poder civil, lo odió, sintió hacia él repugnancia, y fue gobernante contra su voluntad; en cambio sentía amor desenfrenado al mando militar y lo fascinaba la profesión de las armas; casi no hay documento público o privado en que no lo diga francamente, en todas ocasiones confirmado por sus hechos; sus principales desvelos se dirigían al bienestar, arreglo y composición de sus tropas; sus disgustos con los magnates de la política provenían principalmente de sus empeños en favor de los libertadores; su felicidad, su buen humor, sus expansiones de ánimo se manifestaban cuando se sentía rodeado de su Estado Mayor, de sus Oficiales, de sus conmlitones, a quienes consideraba con amor y confianza.

«Yo sigo—decía en carta de 1815 al doctor Gual—la gloriosa carrera de las armas, sólo por obtener el honor que ellas dan, por libertar a mi patria y por merecer las bendiciones de los pueblos.»

En 15 de febrero de 1819, al instalar el Congreso de Angostura y renunciar la dictadura, le dijo:

«En este momento el Jefe supremo de la República no es más que un simple ciudadano, y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré sin embargo en la carrera de las armas mientras haya enemigos en Venezuela.»

En 1821 escribía al Diputado Fernando Peñalver suplicándole se interesara con el fin de que el Congreso de Cúcuta le aceptara la renuncia de la Presidencia, y más aún, para que no se le religiera; le presentaba las más patrióticas razones, y terminaba diciéndole:

«En una palabra, usted forme la resolución de no volverme a ver mandando; quiera volverme a ver aunque sea de General.»

Y un mes más tarde le repetía:

«De todos modos estoy resuelto a no mandar más que en lo militar: serviré mientras dure Colombia o mi vida; pero nada más que en la guerra.

«Deseo que el Congreso se ocupe muy particularmente de autorizar al Vicepresidente de Colombia para que mande todo bajo su responsabilidad, exceptuando la parte militar y sus inmediatas comisiones, de que me encargaré gustoso.»

También escribía a uno de sus amigos:

«Usted me dice que la historia dirá de mí cosas magníficas. Yo pienso que no dirá nada tan grande como mi desprendimiento del mando y mi consagración absoluta a las armas para salvar al Gobierno y a la patria.»

¿A qué seguir con citas para demostrar que Bolívar fue un enamorado de la carrera militar y de las emociones de los combates? Basta sólo recordar que le dejó al General Santander el solio presidencial, prefiriendo continuar la campaña del Sur para ir a completar la libertad de Colombia en la terrible batalla de Bomboná, auxiliadora y concomitante de la de Pichincha, en Pasto, en Ibarra; y que cuando merced a las súplicas del Perú el Congreso le concedió autorización para que pasase a aquella República a empeñar los auxilios colombianos en su independencia, el vencedor de Bomboná batió sus alas como águila que escapa de una jaula, y se presentó en el antiguo Imperio del Sol a combatir como combatiera por su patria.

La verdad es que con diez años de combatir permanentemente y sin tregua, con reveses que lo aleccionaron y espléndidas victorias que lo estimulaban, con oficiales y tropas ya disciplinados y aguerridos, con un prestigio y amor tales que cada soldado era capaz de hacerse matar por la gloria de su Libertador, con una inteligencia soberana y con genio militar propio del caudillo más grande y glorioso de América, Bolívar estaba acreditado como un General en Jefe sin igual; pero en ninguna parte ni en otra ocasión hizo brillar más sus eximias capacidades como en la campaña del Perú. Aquella guerra requería una contracción completa y exclu-

siva y recursos que el país ya arruinado por los españoles no podía proporcionar; para llevar a cabo un plan de campaña necesitaba tropas suficientes para combatir contra 18 a 22,000 enemigos; antes que todo debía principiar por conocer el país y contar con medios suficientes, estacionar esos medios y luégo emplearlos convenientemente; los ejércitos españoles estaban orgullosos de catorce años de triunfos, y habían sido aumentados con los expulsados por San Martín de Buenos Aires y Chile; este General que había hecho carrera profesional militar; que había militado con renombre en la guerra de independencia de la península contra los ejércitos de José Bonaparte, y que había obtenido las brillantísimas victorias de Chacabuco y Maipú, no había podido dominar una situación de anarquía y dificultades; y el Poder Ejecutivo, encabezado por Riva Agüero, se rebeló contra el Congreso y se declaró enemigo del auxilio colombiano; a Riva Agüero lo sustituyó Torre Tagle, y éste con sus Ministros y parte de las tropas peruanas y algunas de las argentinas y chilenas, haciendo traición, se pasaron al ejército enemigo; además, las tropas con que Bolívar iba a emancipar al Perú se componían de contingentes suministrados por naciones aliadas, argentinos, chilenos, peruanos y colombianos, todos con caracteres y costumbres distintos, con jefes rivales en aspiraciones e intereses y con ideales contrapuestos.

«A la verdad—escribía Bolívar al Coronel Heres—es obra magna la que tenemos entre manos; es un campo inmenso de dificultades, porque reina un desconcierto que desalienta al más determinado. El campo de batalla es la América Meridional; nuestros enemigos son todas las cosas; y nuestros soldados son los hombres de todos los partidos y de todos los países, que cada uno tiene su lengua, su color, su ley y sus intereses aparte. Sólo la Providencia puede ordenar este caos con su dedo omnipotente, y hasta que no lo vea no creo en tal milagro.»

No sabemos a qué escritores o historiadores se refiere don Ricardo Becerra, anotador tan del agrado de Cornelio Hispano, donde dice que aduladores superficiales han ensayado equiparar a Bolívar, como guerrero, con los más grandes capitanes de la antigüedad y de los tiempos modernos, y que aun han hallado alguna predilección del colombiano por las falanges macedónicas o las legiones romanas, asegurando el mismo escritor que ello es fundamentalmente falso, porque Bolívar hubo de ser, como lo fue, un capitán innovador a causa de haber sido ante todo un capitán revolucionario. Que Bolívar fuese amigo de las organizaciones y tácticas griegas o romanas es cosa que no podrá comprobarse; pero en cuanto a lo otro, el argumento de Becerra queda herido por su base, porque las cualidades de revolucionario e innovador de un capitán no son motivo para que no se le pueda comparar —y muchas ocasiones con ventaja—con personajes que tienen mucha nombradía. Ya se verá que a medida que se hace más intenso el estudio de la historia americana, y cuanto más se escudriña la vida de Bolívar con amor a la verdad y con la ilustración

comparativa, se pueden poner en paralelo con él los más grandes capitanes en el ramo de la guerra y aun en otras disciplinas, que si no son de una grande importancia para las naciones, sí le dan interés y amenidad a la curiosidad histórica. Atrás anotamos cierta semejanza entre Bolívar y Alejandro y César; ahora, si tomamos a Aníbal, observamos que éste a los nueve años de su edad comenzó sus ejercicios en la guerra de España, y Bolívar los principió a los veintinueve en Venezuela; que el cartaginés a los veintiún años era entre sus compatriotas el más diestro en la táctica y estrategia de sus tiempos, y el caraqueño asumió el alto comando casi sin ninguna preparación para el ejercicio de las armas; que a ambos en sus respectivos países nadie les igualó en capacidades para obedecer y mandar, para captarse la voluntad de sus subalternos, para formar un plan y ejecutarlo; ambos fueron los primeros entre los peones y los primeros entre los jinetes; a todos igualaban en las marchas y en los campamentos; insensibles a las fatigas, siempre ocuparon en el ataque el puesto que les correspondía, y eran los últimos en la retirada. Aníbal hizo juramento al pie de los altares en Cartago, de no dejar nunca las armas contra Roma, como Bolívar hizo en el Monte Sacro de la misma Roma el juramento de luchar por la independencia de la Patria hasta triunfar o perecer. Nadie en su tiempo se equiparó a Aníbal en habilidad, estratégica y en imaginación de estratagema, y hasta la batalla de Zama, en que fue desastrosamente batido por Escipión, se le consideró como general invicto; Bolívar no fue considerado invencible, ni lo fue, pero también ganó muchas batallas y derrotó muchos generales españoles, y fueron incomparables su astucia y sus dotes maravillosas para la estrategia y táctica sublime. Los historiadores han considerado que todas las acciones de guerra del africano, inclusive la batalla de Cannes, considerada como la más gloriosa, son inferiores a su renombrado traspaso de los Alpes que separan a Francia de Italia; el traspaso que hizo el americano de los sublimes y exelsos Andes para venir de Venezuela a la Nueva Granada, es, comparando circunstancias de época, de geografía, de recursos de combate, de enemigos a quienes había de vencer y de dificultades que había de superar, mucho más glorioso y más digno de la memoria de los tiempos; esta empresa del Libertador de Colombia no solamente superó a la de Aníbal, pues fue también más honrosa y más digna de admiración que la de Napoleón. El francés siguió el camino que le habían abierto los que le precedieron en aquella travesía, marchó con toda clase de recursos, con grandes ejércitos provistos de ricos elementos de guerra, con soldados bien vestidos y acostumbrados a los cambios de estación, y acompañado de mariscales, generales y jefes divisionarios de las más grandes recomendaciones; Napoleón había sido educado en los mejores colegios militares desde la clase de cadete, y las tropas que conducía a Italia formaban uno de los mejores ejércitos del mundo; Bolívar se había instruído y disciplinado por sí mismo, y sus soldados eran los que habían abandonado la escarada y la es-

teva para empuñar la lanza y el fusil; y, sobre todo, la montaña de los Alpes apenas podría ser comparada con una estribación de la cordillera andina.

Cállense estas empresas generosas,
Que aquí hay más virtud y hechos más grandes;
Como a la cima de los Alpes vence
La excelsitud enorme de los Andes.

El hombre a quien acabamos de comparar con Aníbal y Napoleón opinaba que sólo la Providencia podría ordenar el caos en que se hallaba el Perú, y decía que aunque viera ese milagro todavía no lo creería; y sin embargo con sus dotes políticas, con esas energías sobrehumanas que lo distinguieron y con la costumbre de dominar dificultades no solamente puso orden y arregló la pavorosa situación de aquel país, sino que en pocos meses lo levantó y lo mostró capaz de entrar en la lucha contra los dominadores; Bolívar, a quien los peruanos llamaban «el exterminador de los tiranos y el héroe de la libertad,» al presentarse en Lima ante el Congreso, el día 13 de septiembre (1823), dijo:

«Los soldados libertadores que han venido desde El Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, no volverán a su patria sino cubiertos de laurales, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre al Perú, o todos morirán. Yo lo prometo.»

Cuántos insomnios, afanes, esfuerzos, angustias y desazones hubo de apurar para cumplir tan solemne promesa, es asunto innarrable. El bastón de la dictadura en sus manos fue un grande elemento sin duda, pero antes que todo él era el genio de la guerra; al mismo Congreso le había explicado que se había salido de la capital de Colombia, huyendo del Poder Civil, al que le tenía gran repugnancia, para buscar a los enemigos dondequiera que se hallaran y diciendo:

«He conservado aquella parte del gobierno que contribuye como el cañón a la destrucción de nuestros enemigos. En este concepto vuelvo a ofrecer al Congreso del Perú mi activa cooperación a la salvación de la patria; pero esta oferta no puede extenderse a más que al empleo de mi espada.»

Era como una condición orgánica del Libertador estar siempre en el campamento; cuando ya creía poder abrir las operaciones militares que habían de conducirlo a Junín, escribía a Sucre: «Dentro de cuarenta días estaré con usted en Huánuco, o en dondequiera que esté: sólo veinte días estaré en Lima; ojalá pudiera estar menos, porque fuera del ejército estoy fuera de mi centro» (1).

Efectivamente, a poco estuvo el Libertador en Huánuco, de donde después de reorganizar y apercebir sus divisiones salió en busca del enemigo que a órdenes del General Canterac venia tam-

(1) Carta de 25 de diciembre, fechada en Trujillo.

bién orgulloso y confiado a su encuentro; el jefe republicano pasó revista de gran parada en el llano de Sacramento el día 2 de agosto, electrizando a su ejército con la famosa proclama de 27 de julio anterior, a la cual agregó con esa elocuencia y modo de arregar con que su voz llenaba los corazones y su mirada, que enardecía las almas: «¡Soldados! La esperanza de las naciones está pendiente de vosotros. En este mismo mes vosotros habéis triunfado en Caracas y en Boyacá; dad un día de gloria a vuestra patria.» Y el 6 de agosto se libró la batalla de Junín, de quien según el poeta las estupendas moles de los Andes estarán gritando eternamente:

Nosotras vimos de Junín el campo:
 Vimos que al desplegarse
 Del Perú y de Colombia las banderas
 Se turban las legiones altaneras,
 Huye el fiero español despavorido
 O pide paz rendido.
 Venció Bolívar, el Perú fue libre;
 Y en triunfal pompa libertad sagrada
 En el templo del Sol fue colocada.

La batalla de Junín, uno de los hechos más sorprendentes por las condiciones y circunstancias del combate, y de los más admirables por la dirección estratégica a que obedeció, fue batalla decisiva de la situación en que se encontraban los beligerantes del Perú; no fue ciertamente el aniquilamiento definitivo de las fuerzas españolas, como no lo fueron ni la de Boyacá ni la de Carabobo; pero aunada a un gran desastre material se hizo sentir la catástrofe en lo moral; en el curso del mes de agosto los sostenedores del Gobierno español perdieron seis provincias de las que antes dominaban, más de la mitad de los hombres que entraron en combate, los que les quedaban seguían su derrota perfectamente desmoralizados, y todo lo abandonaban a medida que se les perseguía, así como los desertores y cansados aumentaban las filas patriotas y los indiferentes o neutrales se afiliaban a la causa republicana; el Virrey con el ejército que tenía al sur del Potosí, tuvo que concentrar sus tropas y moverse rápidamente a proteger los restos del de Canterac; el Libertador en su marcha triunfal y de persecución, en todas partes era recibido con manifestaciones de gratitud y de alegría, y así llegó hasta el Apurímac, cuyo puente destruyeron los fugitivos, como que no esperaban volverlo a pasar otra vez. Aproximábase ya el último golpe, el definitivo, con que Bolívar había de consolidar la independencia del Perú, pues el Virrey Laserna resolvió salir del Cuzco en busca de los independientes a vengar el fracaso estrepitoso de Canterac; mas este encuentro no pudo ser tan inmediatamente, ni Bolívar tendría la satisfacción de verse rodeado de los cañones, fusilería y caballos combatientes en Ayacucho aunque él fue el autor intelectual de aquella victoria, porque en Bogotá se agitaba reptil y enmascarado el genio de la envidia, que veía con dolor la gloria del que eclipsa-

ba la débil figura de sus émulos. El Decreto de 28 de julio de 1824, dictado por el Congreso bajo las influencias del General Santander, y que concedía una verdadera dictadura al encargado del Poder Ejecutivo de Colombia, con pretexto de constitucionalidad y de integridad republicana, derogó el Decreto de 9 de octubre de 1821, que le daba al Libertador Presidente la facultad de comandar en persona el Ejército colombiano cuando estuviera en campaña sobre países que fueran teatro de la guerra; el mismo día en que fue expedido por la Legislatura fue sancionado por el Vicepresidente; en ese mismo día éste nombró General en Jefe del Ejército colombiano que obraba en el Perú al General Sucre; y en ese mismo día partió la posta con la respectiva comunicación a los campamentos peruanos.

Exacta nos parece, y justa también, la apreciación que un eminente orador hacía de las circunstancias en que Bolívar se encontraba:

«¿Qué insuperables dificultades va él a encontrar en una obra tan ardua que ha desalentado a otros genios de una reputación acreditada! Al considerar el Ejército español, a quien habían coronado tres lustros de victorias, que poseía los recursos de las más ricas provincias, que tenía jefes experimentados y soldados aguerridos, y que gozaba una superioridad numérica en toda clase de armas, cualquiera habría graduado de temerario e insensato el empeño de arrancarle la posesión del Perú. Una sola batalla perdida podía costar la entera subyugación de aquel país y amenazar la seguridad de Colombia. Mas Bolívar está dotado de una alma sublime, su cálculo es más fino y delicado, y nada le arredra cuando se trata de la libertad. El sabe anular los obstáculos, buscar las circunstancias y aprovecharse de ellas. Dueño de sus proyectos, los combina, los varía y no los comunica sino cuando está seguro del suceso» (1).

Pero más que estas palabras da realce a las excelencias de Bolívar como militar el hecho de que los grandes caudillos del Sur, los triunfadores de Maipú y Chacabuco, libertadores de Chile y la Argentina, ambicionaron militar a las órdenes del insigne caraqueño; el General O'Higgins fue Comandante de una División a órdenes de Bolívar en tan memorable campaña, después de haber sido el Jefe supremo de Chile; y si el General San Martín no fue también subalterno del Libertador de Colombia, se debió a que éste era eminentemente delicado y respetuoso de la posición política y militar de que había gozado el Protector del Perú; bien claro lo dicen estas palabras dirigidas por San Martín a Bolívar en carta que conserva la historia: «Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un General a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse» (2).

(1) Doctor Mariano Talavera. *Oración por los triunfos del Perú*.

(2) Monsalve, *Ideal Político del Libertador*, 216.

El inteligente orador a que antes nos referimos dijo:

«Mas para completar la gloria militar de Bolívar faltaba una página en su historia, y esta brillante página se escribió con caracteres indelebles en la memorable jornada de Ayacucho. Preciso es asociar aquí el nombre de Bolívar al del ilustre Sucre, que ha venido a ser el segundo redentor del Perú. El Libertador de Colombia le sustituye en su lugar durante su ausencia en Lima, le traza los planes y le encarga su ejecución.»

Y ciertamente el General Sucre fue el brazo que esgrimió la espada triunfadora en la batalla que dio fin al reinado de los españoles en la América Meridional, pero ese brazo fue obediente a la voluntad y dirección del dictador del Perú, cuyo pensamiento señaló el camino de la victoria ordenando los movimientos del ejército, señalando las etapas, previniendo peligros e inconvenientes, evitando errores, conduciendo como de la mano al afortunado ejecutor de sus planes, y casi fijando el punto de combate. No fueron los destellos de la espada que fulguró en Junín los que movieron las maniobras tácticas en la llanura de Ayacucho y haldas del Cundurcunca, pero fueron el pensamiento, la voluntad, los planes, la estrategia y el nombre de aquel que imperaba en el corazón de los combatientes los que dieron el grandioso resultado. Historiadores simplistas, unos, y otros mal aconsejados por pasiones ocultas, han querido arrebatarse a Bolívar la gloria que sobre él derrama la victoria de Ayacucho; mas no lo conseguirán mientras los hechos y los documentos estén pregonando la verdad de la historia. No mengua y más bien acrecienta la gloria del gran mariscal de Ayacucho el conocimiento y aprecio que este tan modesto como ilustre capitán tenía de las responsabilidades y del mérito que todo verdadero militar funda en la propia iniciativa subordinada, racional y concienzudamente a las órdenes superiores. El día 13 de noviembre de 1824, después de recibir los refuerzos y las órdenes que desde varios puntos le comunicó el Libertador, el General Sucre, en vista de ciertos movimientos del enemigo, creyó acertado dividir sus tropas con el fin de combatir a los enemigos pasada la sierra, si se dirigían en retirada a Arequipa, o persiguiéndolos también pasando la cordillera, si tomaban la vía del Callao; siendo las tropas de Sucre inferiores a las de los españoles, el plan conduciría axiomáticamente a un desastre; pero este inteligente General tuvo el acierto de consultar su plan antes de llevarlo a efecto, y Bolívar justamente alarmado, inmediatamente despachó un posta con instrucciones en que sin desconocer posibles eventualidades o *motivos urgentes y necesarios*, le dijo:

«Desde luego, digo a usted rotundamente que no creo conveniente la operación que usted me ha indicado en su oficio del 13 del corriente en cifra. De las cosas más seguras, la más segura es dudar. Si usted la ha ejecutado habrá obrado en sentido opuesto a lo que tantas veces le he dicho.»

En estas mismas instrucciones Bolívar estuvo repitiendo que Sucre no debía pasar la sierra y dirigirse hacia la costa, y después

de explicarle por qué los españoles se aniquilarían si buscaban el camino de Arequipa, o serían destrozados por el mismo Bolívar si tomaban el del Callao, agregaba:

«Este parece que es el plan más acertado y decisivo que debemos adoptar: por lo mismo, usted no debería nunca pasar esta cordillera; y dejarme a mí la costa, que yo daría cuenta y pago del señor Laserna. Siempre será muy bien que usted no pase a esta cordillera sino por un motivo urgente y necesario. . . .»

Luégo añadía:

«Los enemigos no pueden obrar activamente en la costa por mil razones. Sus tropas no son de estos climas; sus caballos deben llegar muertos; y los pastos están arrasados por nuestras guerrillas. Estas dificultades me persuaden que ellos no deben venir a estas costas, a menos que la desesperación los traiga a encontrarse en el Callao. Ica tiene para los españoles el mérito de ser godo, y creo que no hay otro punto de la costa que lo sea. Lima está cada día más patriota. Esta misma idea me persuade que esos godos deben dirigirse siempre a Ica por el primer momento, con ánimo de dirigirse al Sur o al Norte, según el estado de sus fuerzas.»

A esto se agregaba que el Libertador conocía bien la estrategia del general español Valdés, por lo cual añadía:

«A la verdad, diré a usted que no sé qué pensar ni qué conjeturar de las locuras de Valdés, porque un hombre que ha hecho tantas en su vida, no dejará de hacer la última. Diré, por fin, que la máxima del mariscal de Sajonia se cumple perfectamente aquí: "por los pies se ha conservado el Perú; por los pies se ha salvado; y por los pies se perderá, porque las manías siempre se pagan." Ya que nosotros no podemos volar como los enemigos, conservémonos con prudencia y circunspección. Alguna vez se ha de pasar, y entonces combatiremos» (1).

Hablaba Bolívar como si estuviera en los campamentos de Sucre y de los españoles. Efectivamente, desde el 18 de noviembre los enemigos, bien porque pensaron dirigirse a Ica, o bien porque hubiesen resuelto parar y aceptar combate, emprendieron sus movimientos por la derecha de los pueblos de Talavera, San Jerónimo y Andahuailas, acantonamientos de las Divisiones comandadas por Sucre; el 19 se batieron unas partidas de ambos ejércitos en el puente del río Pampas, y como los realistas lograron pasar éste, una parte de las tropas colombianas a órdenes del General Laurencio Silva hubo de combatir y obligarlos a repasar el río, con lo cual se descubrió que el grueso del enemigo había tomado la espalda de los patriotas y cortado las comunicaciones de éstos; el 21, 22 y 23 hubo encuentros ventajosos para los americanos, y desde ese día hasta el 30 el General Sucre se puso a la defensiva hasta que viendo que el enemigo, marchando por la derecha del Pampas

(1) Instrucciones comunicadas desde Chancay en 26 de noviembre de 1824.

le flanqueaba sus posiciones, se trasladó a la izquierda del río para cubrir su retaguardia. Era el momento de la retirada del General republicano cuando llegó el edecán Medina con las instrucciones del Libertador, que reforzaron el ánimo e infundieron confianza y entusiasmo. Acababa de llegar a Matará el Ejército patriota el día 2 de diciembre por la mañana cuando el español se dejó ver sobre las alturas; pésimas eran las posiciones de Sucre, pero presentó batalla, que fue excusada por el enemigo yendo a situarse en unas breñas inaccesibles; desde allí volvió a provocar combate el día 3, y se le volvió a aceptar; pero entonces dirigiéndose a las grandes alturas de la derecha amenazó la retaguardia de los patriotas; érale preciso a Sucre dejar las pésimas posiciones de Matará, y aprovechó esa maniobra del enemigo para retirarse a Tambo Cangallo, no sin que el paso del riachuelo de Corpaguaito fuese un desastre, donde los batallones *Vargas, Vencedor y Rifles*, recibiendo los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas enemigas perdieron dos piezas de artillería, 300 hombres y todo el parque del Ejército Libertador. Esta gran ventaja obtenida por los españoles fue quizás lo que más los perdió; el engrimiento les inspiró tal confianza, que aunque no pensaban más que en maniobras, según la manía que les tenía apuntada el Libertador, ya resolvieron a aventurar una batalla que creían ganada desde luego; los días 4 a 8 los entretuvieron los dos ejércitos contendores moviéndose en diferentes puntos y acomodándose para combatir, cada cual buscando las mejores probabilidades de éxito; por la tarde de ese último día los españoles quedaron situados en la cumbre del Cundurcunca, y los patriotas en la llanura de Ayacucho, al pie de aquella altura; se cruzaron algunos fuegos de artillería y se batieron unas guerrillas. Al día siguiente (9 de diciembre) el sol de la mañana vio prepararse los dos ejércitos para decidir los destinos de la América del Sur; cuando el General Sucre se presentó a sus cuerpos recordándole a cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y su patria, resonaron en todos ellos los vivas y las aclamaciones a la República y al Libertador; el sol de la tarde contempló el triunfo de 5.780 republicanos sobre 9.310 realistas, y prestó la luz con que el héroe de Ayacucho escribió a Bolívar el parte de aquella jornada, terminando con estas palabras:

«La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se ha firmado en este campo de batalla. El Ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia.»

Donde mejor se comprueba la participación que le corresponde al Libertador en la gloria de Ayacucho es en la carta que Sucre le escribió al día siguiente del combate:

«Está concluída la guerra—dijole—y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted que por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla me ha sacado de apuros, pues en la retirada de

las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo y teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho mi espíritu, he tenido mucho qué pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado» (1).

Bolívar, como era natural y estaba en su carácter, tributó a Sucre la justicia que merecía y le atribuyó el honor de que era acreedor; a su vez, Sucre le contestó:

«Yo estoy más contento por haber satisfecho los encargos de usted y porque usted haya salido de la empresa del Perú, que por el servicio que he hecho y por la gloria que de él pueda resultarme. Crea usted que le hablo sinceramente y sin lisonja que usted sabe que no tengo. En mi placer por una victoria tan completa y de tanta trascendencia, mi pensamiento es siempre usted» (2).

El Libertador de Colombia, en su carácter de dictador del Perú, al dictar el decreto de honores que correspondían al ejército, a los jefes y oficiales, y al General en Jefe, le discernió a éste entre otras honrosas distinciones el título de Gran Mariscal de Ayacucho, y cuando Sucre recibió el oficio remisorio de tal decreto, no pudo menos de volver a escribir a Bolívar:

«Vuelvo a repetir las gracias que entonces le di por los favores y honras que usted me ha dispensado en sus decretos y proclamas. Quise entonces, y ahora me resuelvo a preguntar a usted si el brillante título que se me ha dado en el artículo 1.º del Decreto de 27 de diciembre puedo solicitar que se le devuelva al que lo ha merecido, al que me dio un valiente ejército para triunfar, al que animó a todos y a mí mismo a arrostrar la muerte para hacernos una patria y ponernos en el camino de la gloria, y pudiera agregar, por medio de sus sabias instrucciones. Yo quisiera reclamar del Congreso que este ilustre título se le diera a nuestro querido el padre de Colombia, y pido para ello el consentimiento de usted» (3).

J. D. MONSALVE

EL ADORATORIO DE TLALPAM

A 17 kilómetros al sur de la ciudad de Méjico y a poca distancia de la villa de Tlalpam, se encuentra un monumento prehistórico que a pesar de su factura primitiva es de grande importancia científica tanto por esta misma circunstancia como por las condiciones geológicas que lo rodean. Consiste en una eminencia tallada en forma de cono truncado de 24 metros de altura y cuya base circular mide unos 70 metros de diámetro (figura 1). Un pasillo o corredor, de anchura desigual, asciende en espiral dando cinco circunvoluciones hasta la plataforma superior (figura 2), en donde pueden verse los restos de cimientos de una pequeña

(1) Carta de 10 de diciembre de 1824.

(2) Carta de 25 de diciembre.

(3) Carta de 1º de febrero de 1825.

construcción, que debía servir de templo o de observatorio, o de ambas cosas a la vez. Las paredes de los taludes están revestidas con trozos no pulimentados de esquistos pizarrosos (figura 3), y tanto al oriente como al occidente quedan vestigios de una gradería como de 10 metros de ancho (figura 4), cuyos muros laterales están igualmente revestidos con piedra rodada y con los mismos esquistos. En el lado occidental, cerca de donde principia la gradería, la pared del talud avanza en curva de radio más estrecho, formando una plataforma exterior, cuyo objeto no es fácil determinar, pues bien hubiera podido servir de baluarte o punto avanzado de defensa (figura 5).

Espléndido es el panorama que se divisa desde la cima del adoratorio. Desde allí se domina gran parte del valle de Méjico con sus alfalfes y cultivos cortados en cuadros de verdes claros o azulosos, con sus caseríos y arbolados, de entre los cuales se destaca la graciosa torre o la elegante cúpula de mosaicos de alguna iglesia o capilla colonial perteneciente a piadosa fundación; más lejos se alcanza a ver la mancha, a veces cristalina, a veces plomiza, según la luz, del lago de Texcoco; y en contorno las colinas que lo circundan, cuyos perfiles, de formas caprichosas, unas cónicas, otras como pirámides truncadas, se destacan sobre un cielo azul purísimo y brillante.

Al oriente, el Ixtlaxiuhatl se eleva hasta cerca de 5,400 metros sobre el nivel del mar. Su argentina cima, cubierta por las nieves eternas, ofrece a la imaginación la figura de una mujer tendida de espaldas con la cabeza echada hacia atrás y el pelo suelto como agitado por el viento helado de las alturas. El cuerpo, con los senos turgentes, aparece envuelto en blanco sudario cuyos elegantes pliegues caen en graciosas ondulaciones hasta más abajo de los pies. De aquí el nombre de la montaña, que en azteca es *La mujer blanca*.

Un poco más al sur, el Popocatepetl, *El monte que humea*, levanta a más de 5,400 metros su mole imponente, de forma cónica y de aspecto amenazador, hoy despojado de nieve, pero cubierto con las cenizas que arroja de la hornaza de su seno.

Lo mismo que las célebres pirámides de Tenayuca, de Teotihuacan y demás monumentos similares, este de Tlalpam debía servir al mismo tiempo de observatorio y de templo para la práctica de ritos especiales. Su nombre indígena *xicuilco*, cuya raíz se relaciona con música o canto, parece referirse a la práctica universal de entonar himnos o cánticos en honor de la divinidad en determinadas festividades religiosas.

Pero lo que da principalmente una importancia extraordinaria a esta construcción son las condiciones geológicas que la rodean. Efectivamente, la parte inferior de la colina, hasta una altura no menor de diez metros, se encuentra hoy debajo del nivel actual del terreno. Así lo demuestran los trabajos de excavación que por disposición de la dirección de Arqueología se hicieron hace algún tiempo para poner al descubierto parte considerable del importante vestigio arqueológico.

Toda la falda de la cordillera que en esta parte limita el valle de Méjico, desde San Angel hasta más allá de Tlalpam, está cubierta por una capa de lava, que en algunas partes tiene más de 12 metros de espesor. La corriente lávica, al llegar a la colina del adoratorio en que nos ocupamos, presenta un aspecto corrugado, como sucede con toda masa pastosa o semifluida que encuentra un obstáculo en su marcha. Cerca de allí, la lava, al encontrar probablemente corrientes o depósitos de agua, de los que en abundancia brotan de las faldas del Ajusco, formó cavernas más o menos extensas, como las conocidas con el nombre de *Cueva del Gallinazo*, *Cueva de las Golondrinas* y otras de menor importancia. Grandes bloques de lava, aislados en unas partes, agrupados en otras, como escombros de ruinas gigantescas, dan a esta región un aspecto sombrío, casi salvaje.

Debajo de la capa de lava, según puede verse en el corte de la excavación hecha para dejar al descubierto los flancos de la construcción, hay una capa de cenizas volcánicas, de espesor variable, que al tomarlas en la mano dejan un apreciable olor de azutre, y todavía debajo de ésta, con una profundidad aproximada de dos metros hasta el nivel en donde principia el revestimiento del talud, que sin duda fue el nivel primitivo del suelo, hay otra capa de arcilla y de piedras de acarreo.

La disposición en que se encuentran estas capas de materiales tan distintos parece demostrar que fueron varias y de diferente naturaleza las erupciones volcánicas que tuvieron lugar en esa remota época y que cubrieron el suelo primitivo de la región. Quizás primero debió ser una de agua y de lodo por el estilo de la del volcán de Agua, que convirtió en ruinas la antigua ciudad de Guatemala. Las arenas y las piedras que arrastró la corriente formaron esta capa, que es la más profunda. En seguida tuvo lugar una lluvia de cenizas, como se observa en el corte del Adoratorio de Tlalpam, y posteriormente la grande erupción de lava, que cubre no solamente las estribaciones de esta parte de la cordillera, sino que por el flanco occidental se extendió hasta la misma orilla del mar, como puede verse en las vecindades del Acapulco.

Si en Tlalpam la capa de lava sólo tiene unos 3 metros de espesor, en el Pedregal de San Angel la formación lávica es mucho más poderosa, pues hay cuatro capas perfectamente distintas. Primero, esto es de abajo para arriba, uno de ocre ferruginoso, de color rojo y espesor variable, que en partes desaparece; en seguida una de lava compacta, de color blanquecino, con espesor de unos 2½ metros sobre la cual descansa otra de aspecto basáltico, de color oscuro azulado, con más de 2 metros de espesor e igual a la que se ve en la superficie de toda esta región; encima de ésta hay otra de escorias volcánicas de color rojizo, y por último, la capa superior de color oscuro y aspecto basáltico, cuyo espesor varía entre 2 y 3 metros. Esta gran formación lávica del Pedregal de San Angel, que constituye las canteras de Copilco, se aprovecha para material de calzadas y carreteras, para hacer muros

divisorios y para construcción de viviendas; con ellos se ha construido gran parte de los edificios de la ciudad (figura 6).

Como puede suponerse, formidables y sucesivas fueron las erupciones del extinguido volcán, cuyo asiento parece haber estado en el cerro conocido con el nombre de *Xitl*, situado a más de la mitad de la falda del Ajusco, encima de Tlalpam.

¿Cuántos años hace que tuvo lugar tan terrible catástrofe? ¿Hace acaso veinte, cuarenta o sesenta siglos? Hay quienes con algún fundamento la hacen remontar a más de diez mil años, mientras que otros, basándose en el hecho de que la supeficie de la lava conserva aún las asperezas y rugosidades, sin que la acción de los agentes atmosféricos las hayan gastado, no la hacen pasar de veinte siglos. De esta opinión es el profesor Ernesto Wittich, quien relaciona esta grande erupción del Ajusco con las conmociones sísmicas que tuvieron lugar en la época de Cristo, y aduce como argumento el que la vegetación, cuyos problemáticos restos ha creído observar debajo de la capa de lava, es la misma que hoy se encuentra en la región. Dado caso que así fuere, debe tenerse en cuenta que un período de ocho o diez mil años, no es suficiente para hacer cambiar la flora o la fauna de una comarca. Por otra parte, existen grandes depósitos lávicos, como en Estados Unidos, que conservan o las aristas y anfractuosidades como si acabaran de consolidarse y que son provenientes de erupciones que se consideran como ocurridas a principios del período cuaternario o fines del terciario, y que por consiguiente tienen más del máximo de las cifras arriba indicadas.

Bajo la lava de San Angel se han encontrado huesos fósiles de jabalí (*platygonus compressus*) y otros que se han considerado como pertenecientes al caballo cuaternario, lo cual da a esos yacimientos una grande antigüedad, muy superior a la señalada por el Profesor Wittich. Al confirmarse el hecho de que pertenece al caballo el hueso encontrado bajo la lava en el Pedregal de San Angel, sería curiosa la coincidencia de que fue también debajo de la lava donde se encontró un diente de caballo cuaternario en Francia, lo mismo que fue debajo de gruesa capa de cenizas volcánicas, en los terrenos pleistocénicos de la sabana de Bogotá, donde se encontraron el cráneo, las vértebras y las costillas de otro caballo reconocido también como cuaternario.

Quizás a la formidable conmoción geológica producida por las erupciones del Ajusco, que destruyeron poblaciones y arrasaron campos, se refiera la tradición recogida por el célebre historiador Iztlixochitl, sobre la destrucción de los *Quinametzn*, representantes de la tercera edad del mundo según la cronología azteca. En ese caso los esqueletos encontrados bajo la lava en el Pedregal de San Angel, pertenecerían a individuos de esa raza legendaria. Digno de notarse es que de los cuatro esqueletos allí conservados, dos, que son los únicos que se encuentran en posición definida, están tendidos boca abajo, como si al huír de la catástrofe hubieran sido sorprendidos por la muerte.

Desde varios años antes de haberse encontrado debajo de la lava los restos humanos del Pedregal de San Angel, el profesor Al-

fonso L. Herrera decía en su estudio sobre *El hombre prehistórico de Méjico* lo siguiente: «El descubrimiento de huesos fósiles de *platygonus compressus* (jabalí), asociados a restos de cerámica, hacen creer en la existencia del hombre cuaternario antes de la erupción del Ajusco. (*Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, tomo VII, página 56. Año 1893).

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que cuando tuvo lugar la grande erupción de un volcán ya extinguido desde remotas edades, cuyos efectos modificaron profundamente el relieve del suelo de esta región, y cuyas cenizas y lavas levantaron en más de doce metros el nivel del terreno, existía allí una población de cultura primitiva, pero capaz de ejecutar obras como la del adoratorio o fortaleza en que nos ocupamos y como lo revelan los objetos y fragmentos de cerámica que se han encontrado en el curso de las excavaciones que se han practicado. Entre éstos llama la atención la gran cantidad de discos o carreteles de barro cocido que, sin duda, servían como objeto de adorno para introducirlos en el lóbulo de las orejas (figura 7).

No lejos de este adoratorio, más hacia la falda de la montaña, existen otras dos de la misma estructura, pero que son poco perceptibles por el deterioro en que se encuentran: son pequeñas eminencias en forma de cono truncado, en las cuales se observan los vestigios de la plataforma o pasillo que asciende en espiral y del revestimiento de los taludes con pequeñas tajas de piedra bruta. Esto revela que la región assolada por las grandes erupciones volcánicas de una época prehistórica estaba densamente poblada.

El pueblo que construyó el adoratorio de Tlalpam fue muy anterior no solamente a los aztecas, sino también a los toltecas, quienes fueron grandes constructores, maestros en escultura y en la talla de la piedra, cuyas construcciones religiosas tenían invariablemente la forma piramidal, y sus mitos estaban íntimamente relacionados con la imagen de la serpiente y con emblemas funerarios, como puede verse en los restos del majestuoso teocalli de Méjico, en la bella pirámide de Tenayuca y en las grandiosas de San Juan de Teotihuacan; mientras que el pueblo de Tlalpam, según todas las apariencias, desconocía tales artes, y su cultura a este respecto era completamente primitiva. Entre unos y otros salta a la vista otra diferencia: en el revestimiento de las obras de Tlalpam se han empleado solamente fragmentos de esquistos, roca que por cierto no se encuentra hoy a la vista, pues ha debido quedar cubierta por la gruesa capa de lava que cubre la superficie de toda la región; en tanto que en las construcciones de aztecas y de toltecas se ha empleado especialmente la lava en el revestimiento de los muros y de los taludes, como puede verse sobre todo en los hermosamente trabajados de la ciudadela y de la gran pirámide del Sol. Pero con la distancia que separa lo grande de lo pequeño, lo perfecto de lo imperfecto, se puede considerar que en sus líneas generales, es una misma la concepción del adoratorio en

unos y en otros: en ambos se levantan sobre una altura con plataformas superpuestas, con los taludes revestidos con piedra y con gradeñas colocadas al oriente o al occidente; lo que hace pensar que los constructores de los adoratorios o fortalezas en forma de cono truncado que se encuentran en las faldas del cerro *X/ls*, a espaldas de Tlalpam, fueron los remotos precursores de los arquitectos y artífices que en épocas posteriores levantaron los grandes monumentos toltecas y aztecas, cuyos perfectos lineamientos y brillante decoración son motivo de admiración y de sorpresa para el sabio y para el viajero que los contemplan.

Como ya se ha dicho, lo que da al adoratorio o fortaleza de Tlalpam indiscutible importancia, es su grande antigüedad. Mucho antes que ocurrieran los fenómenos geológicos que asolaron la región, los sacerdotes y astrólogos debieron observar desde la cima, no uno sino varios ciclos solares en la conjunción del astro del día con Venus, la hermosa y melancólica estrella de la mañana. Ese monumento debió ser el centro de la vida de ese antiquísimo pueblo; allí debieron tener lugar las asambleas populares para decidir de la paz o de la guerra; allí debieron tener lugar las ceremonias religiosas y hacerse a la divinidad las ofrendas, probablemente de víctimas humanas, ya para aplacar sus iras o en acción de gracias por los beneficios recibidos.

¿Cuántas veces a su rededor se congregaría la multitud, mientras sacerdotes y guerreros ascendían a la cima en solemne procesión?

Quizás durante alguna de esas festividades fue sorprendida la muchedumbre por la terrible conmoción geológica que sepultó sus poblados bajo poderosa capa de lava y de detritos volcánicos, de entre los cuales se destacaba la parte superior del monumento rodeado por un mar de lava incandescente.

Pasan los siglos, lentamente va enfriándose la lava, sobre la rugosa superficie comienzan a acumularse partículas, al principio imperceptibles de tierra apropiada, sobre la cual aparecen primero líquenes y musgos. En el transcurso de los siglos, debido a la acción de los agentes atmosféricos, se forma la tierra vegetal, sobre la cual se desarrolla la vegetación desmedrada y raquítica que en parte cubre el suelo en la actualidad, dejando ver a trechos la superficie áspera, rugosa y hostil de la lava ya solidificada.

México 1927.

C. Cuervo Márquez

RETRATO DE MORILLO

Existe en el Museo Nacional un retrato de Morillo, hecho, según parece, en esta ciudad, y tomado del natural cuando vivió entre nosotros, o sea el año de 1816. Está el pacificador de pie, con las insignias de Isabel la Católica; en la mano derecha tiene un bastón, y apoya la izquierda en el puño de la espada. En letras negras sobre fondo blanco aparece al pie la siguiente inscripción:

«Comenzó desde una clase bien inferior, a lidiar por un monarca ilegítimo, absoluto, ingrato y traidor a una nación cuya causa era la sola que debía defender un militar valiente. Por un golpe de política de aquel gabinete suspicaz, fue enviado a estos países como el pacificador. Levantó por todas partes cadalsos, segó las cabezas más ilustres, dilapidó los caudales públicos y de particulares, así como los preciosos objetos del Observatorio y de la Expedición Botánica, y a los infelices que no alcanzó la feroz cuchilla, hambrientos y desnudos los puso a servir en los trabajos más penosos. Ultrajó al clero y exportó a las personas más venerables de él, cargadas de prisiones, hasta la Península. La lección que recibió de un pueblo libre es la que no deben olvidar los tiranos. «Cor pravum dabit tristitiam & homo peritus resitet illi. Capítulo 36, Ecclesiasteci, v. 22.» (1).

Sospechámos una vez que estas palabras se habían puesto sobre otras laudatorias escritas en los días de la reconquista al terminarse la ejecución de la imagen. Algún ligero rasguño en el barniz donde está escrito el mencionado párrafo nos hizo ver señales de alguna letra que existía debajo. De acuerdo con el director del Museo, señor Arrubla, quien nos ayudó en esta investigación, raspámos cuidadosamente esa capa de pintura en los espacios donde no hubiera letrero, a fin de no dañar la moderna inscripción, y aparecieron entonces estas frases:

«El gran logrando por eso las insignias y honores a Costa firme establecer el buen orden trastornado por Napoleón y secuaces que habitaban en esta parte de las Américas y como tal entró en esta ciudad el día 24 de mayo de 1816 Permaneció en que lo caracteriza “Memoria eius in benedictione su.”» Las otras palabras es imposible verlas, pues están debajo de lo escrito en tiempos posteriores.

Resulta pues que la misma efigie ha recibido dos compendios biográficos bien opuestos: uno de algún adulator en los días de su poderío, y otro de un patriota, víctima quizás de sus crueles persecuciones. Es éste, como se ve, un curioso palimpsesto.

Ya que hablamos de Morillo, haremos una anotación. Si él dejó aquí oprobioso recuerdo y si siempre tenemos vituperios para su nombre, justo es reconocer que a dotes de guerrero unía cualidades que revelaban un buen administrador y un espíritu progresista. Fue breve su paso entre nosotros, y así como imprimiera aquí tanta huella de sangre, rastros dejó por otro lado de su genio emprendedor y práctico.

En un artículo titulado *Caminos* que publicó, en 1836, un periódico llamado *Imperio de los principios* (noviembre 13), se encuentra este párrafo:

«El general Morillo en menos de cuatro meses hizo levantar treinta puentes; trabajó en la apertura de los caminos al Magdale-

(1) Esta leyenda figura en el Catálogo general del Museo de Bogotá, 1912, página 241.

na desde Girón, Socorro y Vé'ez, y en el de Honda; hizo abrir tres otros hacia los llanos de Casanare; ordenó la apertura del de Timaná a Pasto, de Quindío a Cartago, el de Sonsón de Mariquita a Medellín, y el del Valle nombrado el Otro Mundo.»

Y en una hoja volante aparece así mencionada otra mejora material dispuesta por el pavoroso conde de Cartagena:

«Se dice también que si Bernal merece una apología por haber empedrado la plaza de Zipaquirá, la merecería también el feroz Morillo, por haber empedrado la de Bogotá. ¿Y quién duda que la merece? Morillo pudo hacer otros males, pero hizo este bien positivo, y de él estamos agradecidos. Seríamos notoriamente estúpidos si no cociésemos, confesásemos y agradeciésemos el bien de que disfrutamos, venga de las manos que viniere.» (1).

Y a propósito de la efigie del pacificador diremos algo sobre la de Boves. En Venezuela no existe ninguna, y con ese motivo un inteligente artista (el señor Alvarez) creó una según los detalles fisonómicos que dan los contemporáneos del héroe realista. Ese retrato, que es bien expresivo y de una feliz interpretación, lo publicó *El Universal* de Caracas hace unos cinco años.

Pero en nuestro museo se encuentra una imagen de Boves. Está de cuerpo entero, vestido de civil, con patillas y aspecto bondadoso. ¿Será exacto este retrato? No tiene fecha, ni nombre de autor, y fue regalado a se establecimiento por el doctor Cómez Calvo, distinguido médico que falleció en esta ciudad hace dos años.

E. Posada

NOTAS HISTORICAS

LXIII

En nuestras frecuentes correrías por pueblos de Cundinamarca y de Boyacá, en busca de datos para nuestros estudios históricos a la vez que en el deseo de adquirir nuevos objetos para las colecciones que venimos formando desde hace varios años de cerámica aborigen, hemos hallado con alguna frecuencia noticias interesantes y documentos apreciables, que se ignoran por la generalidad de las gentes, y que poco a poco iremos sacando a la luz. Por ahora bástenos lo siguiente:

En Chipaque, población situada muy pocos miriámetros al oriente de Bogotá, se guarda en la sacristía de su iglesia un retrato al óleo, en gran tamaño, del célebre padre fray Andrés Moya, que tiene en la parte inferior la siguiente leyenda:

(1) *Manifestación que los vecinos de Zipaquirá que suscriben hacen ante el público, relativa a la conducta del actual juez político de este cantón.* Se halla en Biblioteca Nacional, fondo Pineda, hojas sueltas, volumen 1.º, página 204.

«El M. R. P. Fray José de san Andrés Moya y Beltrán, muy conocido en esta ciudad de Santafé, su patria, por sus revelantes prendas; lector jubilado y padre de esta Provincia. Fue Rector de este Colegio, regente de estudios. Fue eminente en las teologías, escriturario, moral y místico, Escriturario insigne. Científico en las historias sagrada, eclesiástica y profana. Orador de una elocuencia singular. Hombre obediente, caritativo, amado de los grandes y de los pequeños; modelo de los curas, pues en los 20 años que lo fue de Chipique, empleó su celo en instruir a sus ovejas en la doctrina, y todo el producto que recibió de este beneficio lo empleó en adornar su iglesia, en vestir y sustentar a los pobres. Tomó el hábito en el convento de Agustinos descalzos en el año de 1773, de edad de 16 años y meses y murió el 23 de noviembre de 1825 de edad de 60 años y meses, causando su muerte un sentimiento general tanto en sus hermanos religiosos como en los habitantes de esta ciudad y a todos los que tuvieron el honor de tratarlo y conocerlo. Propendió con su celo e intereses a que se hiciera la capilla de nuestra Señora de Chiquinquirá.»

En Cáqueza existe en su iglesia un lienzo en el cual se representa un indio, de rodillas, con las manos juntas en actitud de orar, vestido con lujoso traje de caballero español, que implora los dones celestiales por intermedio de un san Lorenzo, de cuerpo entero, que empuña unas descumunales parrillas. Sobre la cabeza del indio hay un letrero que dice: *D. Lorenzo Gaque*.

El señor don Rufino Gutiérrez, al hablar de Cáqueza en las interesantes monografías que escribió sobre algunas poblaciones de Colombia, menciona esta pintura, y dice que ella se refiere «a un indio que costó en alguna ocasión la reconstrucción del templo.» Conservamos buenas fotografías de los dos cuadros mencionados.

En Turmequé existió hasta hace poco tiempo un lienzo que representa a don Pedro Naizique, último cacique indígena de la población, y a su esposa doña María Lucero. Visten ambos al estilo aborígen, él con ancha ruana de cuadros y camisa burda de algodón, ella cruzado el pecho por amplio pañuelo de vivos colores y mantellina de lana. En lo alto, en medio a los caciques que la contemplan con fervor, hay una imagen de la Virgen María.

Un sacerdote amigo, que fue cura de Turmequé hace varios años, nos ha informado que allí había otro cuadro, de disposición en las figuras muy semejante al descrito, pero ataviadas ellas con trajes españoles, elegantes y costosos. ¿Estaría en él representado el céebre cacique de aquella población don Diego de Torres, el mismo que fue caballero de Felipe II y casó en la Corte con dama de rancios pergaminos?

LXIV

En una de las dependencias del antiguo marquesado de Surba, en el fértil valle de Duitama, en sitio llamado hoy *La Trinidad*,

hay una capilla de aspecto modesto, con arquería en su frente, sobre el cual se destaca en piedra el antiguo escudo del mayorazgo de San Lorenzo de Bouza. En su parte baja hay la siguiente inscripción:

Año de 1790.

Esta casa la mandó edificar don Joaquín de Castillo.

Fue este personaje hijo del tercer matrimonio de don Luis Ignacio Diego de Castillo Guevara y Caycedo, marqués de Surba, con doña Catalina Sanz de Santamaría. Nació él en 1751, y falleció en Tunja el año de 1824. En el Colegio Mayor de Nuestra del Rosario de Santafé vistió la beca de colegial.

LXV

Bebe Daniels es sin duda una de las *estrellas* más populares y aplaudidas. Su obra cinematográfica es ya numerosa, y los empresarios de Hollywood pagan con creces su colaboración artística. Su belleza, de marcado tipo latino, y sus talentos, que la hacen descollar con fuertes relieves sobre numerosas rivales, le han ganado las simpatías de todos los públicos y la han colocado en una envidiable posición pecuniaria.

En la revista *Cine Mundial*, de Nueva York, correspondiente al mes de febrero de 1928, hemos hallado las siguientes noticias sobre esta artista, tomadas de una información biográfica elaborada por la señorita Mildred A. Weichel, de Brookline, en el Estado de Massachusetts:

«El abuelo de la Daniels se llamaba George Buttler de Forest Griffith; era cónsul de los Estados Unidos en Colombia, y se casó con doña Guadalupe García de la Plaza, de Palmira, en Colombia. Tuvieron varios hijos, entre ellos la madre de la *es reina* del Cine que nació en Colombia, vino a este país sin conocer una palabra de inglés, y la cual llegó a ser más tarde una artista dramática. De esta manera le ha venido a la Bebe Daniels su inclinación a la escena. Entiendo que la madre de la Bebe vive aún en California, y que su abuela, si no ha muerto, vivió hasta no hace muchos años.»

Nosotros agregamos que la *estrella* habla correctamente el castellano y que mira con interés y cariño todo lo que a Colombia se refiere.

Luis Augusto Cuervo

ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

(Extracto de actas).

1.º DE FEBRERO

El señor Posada presenta las siguientes obras que tiene inéditas o en preparación: *Cronología de Colombia; Numismática colombiana; Cartografía colombiana; Epigrafía colombiana; Petroglifos en*

Colombia; Heráldica colombiana; Diccionario de los Próceres de la independencia; Diccionario geográfico de Colombia; Carta o de Historiadores de Colombia y de Viajeros en Colombia, y Colección de boletines, proclamas, capitulaciones y otros documentos de la independencia; también presentó el segundo tomo de la obra *Estudio cronológico de la guerra de la independencia*, por el señor González Chaves, tomo que quedó sin publicar, y posee manuscrito dicho señor Posada hace algunos años.

El señor Roberto Pizano da las gracias por el nombramiento de miembro correspondiente.

El ministro de Panamá, señor Lefevre, envía para la biblioteca de la Academia varios libros importantes; el señor ministro de Méjico, señor Urquidí, solicita las publicaciones de la Academia a fin de agregarlas a la colección de obras colombianas que se propone llevar a su regreso a dicho país.

El señor Michelsen manifiesta, a nombre de la señorita A. Herrán y Mosquera, que próximamente enviará el resto del archivo del general Herrán que aún conserva en su poder.

Se declaran fenecidas las cuentas de la tesorería correspondiente al año anterior.

El ministro de Colombia en Caracas, doctor Zuleta, avisa que ha enviado una porción de tierra extraída por él del campo de San Mateo, con destino a la Quinta de Bolívar.

15 DE FEBRERO

El concejo municipal de Anolaima comunica que ha establecido una biblioteca, y solicita para ella las publicaciones de la Academia.

El párroco de Chía, doctor Angel, manifiesta que existe en la casa cural una pieza en la cual parece habitó el Libertador, y que convendría averiguar por una carta de éste en la cual habló de ello.

La alcaldía de Bogotá pide un certificado respecto al prócer de la independencia señor Lorenzo Estévez.

El señor Casas presenta su nueva obra *Semblanza del señor J. M. Mariquin*.

El señor Bernal da lectura a unas cartas cruzadas entre él y el señor L. F. Osorio, relativas a varios cuadros del pintor Vásquez.

El señor Rivas participa a la Academia que editará próximamente los escritos de don Pedro Fernández Madrid, y excita a los miembros de ella a comunicarle los trabajos que conozcan de este ilustre colombiano.

Se aprueba un voto de felicitación al Centro de Historia de Pasto por la revista que le sirve de órgano.

1.º DE MARZO

El señor E. de Narváez presenta su agradecimiento por el nombramiento de miembro de número en reemplazo del señor León Gómez.

El intendente nacional de San Andrés y Providencia, señor Lozano, avisa que ha remitido al Museo Nacional una bala de los cañones del pirata Morgan encontrada en la isla de Santa Catalina, y que en ésta existen cañones antiguos y una cueva cubierta, donde pueden encontrarse objetos y acaso tesoros de aquel filibustero.

Las señoritas L. y H. Pulido y el señor E. Caro solicitan informes sobre los servicios del prócer señor C. Valenzuela.

El señor J. L. Trujillo solicita un certificado sobre la época en que el señor Camilo Torres desempeñó la presidencia de la República.

La Sociedad Bolivariana comunica el proyecto de levantar dos monumentos al Libertador, y pide a la Academia el nombramiento de un comisionado para que forme parte de la junta encargada de ello.

Se resuelve invitar a la Academia de la Lengua a celebrar el cuarto centenario de fray Luis de León.

15 DE MARZO

El señor J. Méndez pide un certificado sobre los servicios del prócer señor Joaquín Chacón.

El señor arzobispo manifiesta que con mucho gusto colaborará en la conmemoración del centenario del señor Caycedo y Flórez, de acuerdo con los deseos de la Academia.

Se aprueba una moción de pésame por la muerte del miembro de número señor J. Holguín.

El ministro de Francia señor Clavery envía unas fotografías tomadas en Facatativá, de antigüedades indígenas, y expresa la conveniencia de que se dicten medidas para la conservación de los monumentos arqueológicos que allí existen.

El señor ministro de Relaciones Exteriores solicita un dictamen de la Academia sobre el modo como debe pintarse el águila del escudo nacional.

Se lee una invitación para el Congreso de Americanistas que se reunirá en Nueva York en septiembre del presente año.

Se acuerda tributar en la próxima sesión un homenaje al primer arzobispo de la República, señor Caycedo, quien fue además prócer de la Independencia.

2 DE ABRIL

El señor J. Romero solicita certificado sobre el fusilamiento del prócer señor Dionisio Tejada.

El señor D. H. Zapata, pide datos sobre los servicios del prócer señor Francisco Morales.

El ministerio de Guerra remite dos paquetes que contienen tierra extraída por el señor Zuleta, ministro de Colombia en Venezuela, de los campos de Carabobo y Bárbula.

El cónsul de Colombia en Madrid, señor W. Mac-Lellan, comunica que se ha abierto en aquella ciudad la calle denominada Jiménez de Quesada, como fue solicitado por los señores Rivas y Posada, en 1921, y hace la indicación de que se envíe por la alcaldía de Bogotá una placa conmemorativa para fijarla en dicha calle.

El ministerio de Gobierno envía el decreto sobre ejecución de publicaciones en la Imprenta Nacional.

El secretario presenta el libro sobre don Lope de Aguirre, que ha publicado en España el señor Emiliano Jos.

Son propuestos como candidatos para miembros correspondientes los señores Daniel Ortega (colombiano) y Gabriel Fajardo (chileno).

El ministro de Francia, señor Clavery, obsequia a la Academia con varias fotografías de sitios históricos, y manifiesta que se ausentará del país. El presidente le da las gracias por lo primero y expresa cuánto lamenta la Academia lo segundo.

Se nombra la comisión de festejos para la próxima fiesta nacional.

16 DE ABRIL

En esta sesión se conmemora el centenario de la consagración del señor arzobispo Caycedo y Fiórez, prócer de la Independencia y primer metropolitano de la República.

Se lee el acuerdo relativo a esta festividad aprobado por la Academia el 15 de marzo.

El doctor Marroquín pronuncia un discurso relativo a este aniversario, y concede la palabra al señor B. J. Caycedo quien hace lectura de un capítulo de su obra sobre dicho arzobispo.

El ministro de Francia, señor Clavery, presenta algunas fotografías sobre lugares históricos, tomadas en el departamento de Boyacá.

Se acepta como miembro correspondiente al señor Eduardo Labougie.

1.º DE MAYO

Se lamenta la muerte del socio correspondiente señor Cristóbal Bernal.

Se aplauden los escritos del señor J. Mercado en defensa del general Santander, publicados en Caracas.

Se manifiesta el deseo de que se conserve el nombre de El Ocaso al caserío de este nombre, en jurisdicción de Zipacón, el cual trata de cambiarse por el de Onteora.

Se solicita del gobierno nacional el apoyo a las investigaciones de reliquias históricas que el señor intendente de San Andrés y Providencia proyecta en la isla de Santa Catalina.

El señor Posada manifiesta que no seguirá publicando nuevos tomos de su obra *Bibliografía Bogotana*, pues en la Biblioteca Na-

cional se ejecutaron modificaciones que hacen imposible seguir esta labor.

El mismo académico comunica que ha sido hallado el manuscrito del segundo tomo de la obra *Revolución de 1876*, por M. Briceño, tomo que aunque fue impreso, se destruyó antes de ponerlo en circulación.

15 DE MAYO

El señor J. Ospina remite el *Diccionario Biográfico de Colombia* (tomo 1.º) que acaba de publicar.

La Unión Panamericana de Washington solicita datos estadísticos sobre la biblioteca de la Academia.

El señor ministro de Colombia en Méjico solicita el envío por triplicado del *Boletín de Historia* para esa legación.

La Sociedad de Dramas y Comedias fundada en Tumaco pide algunas obras de dramaturgos colombianos.

El señor secretario de Educación Pública de Santander comunica la ordenanza por la cual se estableció un Centro de Historia en Bucaramanga.

El señor cónsul de Colombia en Bilbao envía un resumen de la memoria escrita por el señor Lazúrtegui para el *Centro de la Unión Iberoamericana en Vizcaya*.

La familia del prócer de la independencia conde de Adlerreutz participa, por conducto del señor ministro de Suecia en Madrid, que regalará para el Museo de Bogotá un retrato de dicho prócer.

El señor ministro de Educación Nacional consulta sobre la oferta que hace la señora viuda de Pérez y Soto, de venta de algunos objetos del Libertador, así como de libros y documentos de historia nacional.

Se resuelve que no se publiquen en la obra *Archivo Santander* conceptos tomados de libros impresos, sino que se limite a la documentación.

Se aprueba un informe sobre los servicios del prócer Francisco Morales.

Se da voto de aplauso al señor Cortázar por haber hecho fabricar en Europa el busto del Libertador.

Se resuelve pedir a Sevilla una nueva copia de la lista de los fundadores de Bogotá, para enmendar algunos yerros y omisiones.

Se resuelve solicitar la parte del archivo del general Herrán que aún existe en Medellín, y se comisiona para ir a esta ciudad al señor Guerra.

Son presentados como candidatos para miembros correspondientes los señores L. López Alvarez y S. E. Ortiz y fra y Pedro Leturia. Y para miembro de número, el señor R. Bitero Saldarriaga.

El señor A. Hernández de Alba envía su libro *Estudios genealógicos*, y se le presenta una felicitación por ello.

El señor Posada hace un estudio respecto al libro del señor Jos, sobre Lope de Aguirre.

2 DE JUNIO

El señor Guerra manifiesta que en desempeño de la comisión a él confiada, sigue para Medellín a recibir el archivo del general Herrán y a presentarles a las señoras hijas de éste el agradecimiento de la Academia por esta donación.

El señor cónsul de Noruega en Bogotá envía una circular sobre el congreso internacional de historia que se reunirá en Oslo en el presente año.

La asamblea del Cauca envía la ordenanza que rinde un homenaje en su centenario al doctor D. B. Gómez, prócer de la independencia.

El señor J. A. Archila solicita concepto de la Academia sobre los servicios del señor F. de P. Aguilar.

Fray H. E. Molano comunica que el próximo año se cumple el cuarto centenario de la llegada de los dominicos a Colombia, y pide la colaboración de la Academia para conmemorar este acontecimiento.

Se resuelve manifestar al ministerio de Gobierno que la traslación del Archivo Nacional a los sótanos del capitolio es altamente perjudicial e inconveniente.

Se manifiesta el beneplácito con que será recibido por la Academia el retrato del conde Adlerereutz, prócer sueco, que intenta donar su familia.

El señor Otero hace una lectura sobre los próceres Cadeña y Rosillo, fusilados en Pore en 1810.

Son presentados como candidatos para miembros correspondientes el doctor Antonio Puello y fray Humberto Molano.

El bibliotecario informa sobre los libros recibidos en el presente mes.

El señor Michelsen manifiesta el deseo de que la Academia tome el mayor interés en el arreglo de la Biblioteca Nacional.

EJERCITO DEL VIRREINATO EN 1799 (1)

NUEVO REINO DE GRANADA

Virrey, gobernador y capitán general, el Excelentísimo señor don Pedro Mendinueta.

(1) De un libro de pequeñas dimensiones (16º) impreso en Madrid y titulado *Estado Militar de España, Imprenta Real*, tomamos este capítulo, el cual se halla a la página 129. Contiene esa obra, hoy de alto valor bibliográfico, una relación así de las tropas existentes aquel año en España, en las islas Canarias y en las islas Baleares, como de las que había en las colonias de América y de Asia. También una enumeración de la marina española. Es importante para nuestra historia recoger de esas viejas páginas el número y acantonamiento de los cuerpos que había en nuestro país en vísperas de la independencia, y de sus jefes, uniformes, plazas y años de su creación--E. P.

Secretario de cámara y del virreinato, el teniente coronel de infantería don José Ramón de Leiva.

Señor subinspector general, el mariscal de campo don Anastasio Cejudo.

Señores subinspectores particulares. De la comandancia general de Panamá, el brigadier don Antonio Narváez;

De la comandancia general de Quito, el mariscal de campo barón de Carondelet.

Señores auditores de guerra. De la capitania general de Santafé, el oidor honorario don Juan Doroteo del Postigo;

De la comandancia general de Cartagena, don Anselmo Vierna y Mazo;

De la de Panamá, don Joaquín Cabrejo;

De la de Quito, don Anacleto de las Casas.

TROPAS VETERANAS

Compañía de caballería de la guardia del virrey. Fue creada en el año de 1751. Consta de treinta y cuatro plazas. Su uniforme, casaca, capa y calzón azul, chupa, vuelta, solapa y collarín encarnado, botón blanco.

Capitán, Don Miguel Lezaun.

Compañía de alabarderos de la misma guardia. Fue creada en el año de 1751. Consta de veinticuatro plazas. Su uniforme, casaca y calzón azul, chupa y vuelta encarnada, botón y ojales de plata.

Capitán, don Martín de Mutuberria.

Regimiento de infantería fijo de Cartagena. Fue creado en el año de 1773. Consta de dos batallones al pie de ordenanza. Su uniforme, casaca, chupa, calzón y collarín blanco, vuelta, solapa y vivos azul turquí, botón dorado con dos filas en la chupa.

Coronel, don Antonio Velásquez.

Teniente coronel, don Ignacio Fortich.

Sargento mayor, don José del Castillo.

Batallón de infantería fijo de Panamá. Fue creado en el año de 1773. Consta de nueve compañías. Su uniforme, casaca con alamares de plata, forro y calzón azul, chupa, vuelta y collarín encarnado, botón blanco.

Comandante, el coronel don Antonio Espitalete.

Sargento mayor, el teniente coronel don José Alvarez.

Batallón de infantería auxiliar del Nuevo Reino de Granada. Fue creado en el año de 1783. Consta de cinco compañías al nuevo pie dado a la infantería del ejército. Su uniforme, casaca, chupa, calzón, forro y collarín blanco, vuelta y solapa encarnada, y vivos verdes, botón blanco, con dos órdenes en la chupa.

Comandante, el teniente coronel don Juan Sámano.

Sargento mayor, el teniente coronel don José María Moledo.

Cuerpo de infantería de Quito. Consta de cuatro compañías al pie de ordenanza, las tres creadas en Quito el año de 1771, y la otra en Guayaquil en el de 1768. Su uniforme, casaca azul, forro, chupa, vuelta y collarín encarnado, botón dorado.

Comandante, el capitán más antiguo; lo es el coronel don Antonio Citeli.

Compañía de infantería de Popayán. Fue creada en el año de 1771. Consta de ochenta plazas. Su uniforme, casaca y calzón azul, forro, chupa, vuelta y collarín encarnado, con galón de oro en éste, botón dorado.

Capitán, el teniente coronel don Gaspar de Cagigal.

Piquete de infantería del Castillo de Chagre. Consta de veintinueve plazas. Su uniforme, blanco, con vuelta y collarín encarnado, botón dorado.

Comandante,

Compañía de infantería ligera del Darién del Sur. Consta de ciento nueve plazas.

Comandante, el Gobernador de aquella Provincia.

Partidas de infantería ligera del Chimán. Consta de ochenta y dos plazas.

Comandante, un subalterno del batallón fijo de Panamá.

NOTA. Estas partidas y la compañía del Darién no están vestidas ni armadas con arreglo a ordenanza.

REAL CUERPO DE ARTILLERÍA

Cartagena. Dos compañías con la antigüedad, dotación y uniformes propio del real cuerpo.

Comandante, el brigadier y coronel del mismo cuerpo don Domingo Esquiaqui.

Panamá. Una compañía igual en todo a las precedentes.

Comandante, el teniente coronel de artillería don Pedro Marañosa.

REAL CUERPO DE INGENIEROS

Cartagena. Se compone de cuatro oficiales, incluso el comandante, que lo es el teniente general director don Antonio de Arévalo.

Panamá. Se compone de dos oficiales, incluso el comandante, que lo es el ingeniero director don Juan Bautista Bea.

Cuerpo de infantería de milicias disciplinadas.

REGIMIENTOS

Cartagena. Fue creado en el año de 1773. Consta de dos batallones, con la fuerza total de mil seiscientos quince plazas.

Coronel, don Manuel de Prada.

Teniente coronel, don Inocencio Agrasot.

Sargento mayor veterano, el teniente coronel don Francisco Pérez Dávila.

Panamá y su partido de Natá. Fue creado en el año de 1773, consta de dos batallones con la fuerza total de mil seiscientos quince plazas.

Coronel, don José Ventura Soparda.

Teniente coronel, don Juan Andrés Gaviria.

Sargento mayor veterano, don Narciso Bernalés.

Santa Marta. Fue creado en el año de 1784. Consta de nueve compañías, una de ellas de artillería, con la fuerza total de ochocientos ocho plazas.

Coronel, don Pascual Díaz Granados.

Teniente coronel, don José Manuel de Castro.

Sargento mayor veterano, el teniente coronel don Juan del Gordo.

Cuerpo de cazadores de infantería de Riohacha. Fue creado en su primitivo pie el año de 1784. Consta de cuatro compañías, dos de ellas de caballería, con la fuerza total de cuatrocientas plazas.

Comandante, el Sargento mayor veterano don Fernando Oribe.

Guayaquil. Fue arreglado en el año de 1788. Consta de nueve compañías, una de ellas de artillería, con la fuerza total de ochocientos ocho plazas.

Coronel, don Jacinto Bejarano.

Teniente coronel, don Ignacio Novoa y Unzueta.

Sargento mayor, don Francisco de Castro.

Cuerpo de cazadores de Portobelo y márgenes del río Chagre. Fue creado en el año de 1789. Consta de cuatro compañías, con la fuerza total de cuatrocientas plazas.

Comandante, el Sargento mayor veterano don Joaquín Durán.

Compañías sueltas de Jaen de Bracamoros. Son dos creadas en el año de 1794, con la fuerza total de ciento ochenta plazas.

Compañías sueltas de Loja. Son dos creadas en el mismo año, y con la propia fuerza que las anteriores.

Compañías sueltas de Barbacoas. Son dos creadas en el mismo año, con la fuerza de doscientas plazas.

BATALLONES DE PARDOS LIBRES

Cartagena. Fue creado en el año de 1773. Consta de nueve compañías, con la fuerza total de ochocientos siete plazas.

Comandante, el ayudante mayor veterano graduado de capitán don Eduardo de Llamas.

Panamá. Fue creado en el año de 1789. Consta de nueve compañías, con la fuerza total de ochocientos siete plazas.

Comandante, el ayudante mayor veterano graduado de capitán don Manuel Madrigal.

ESCUADRONES DE DRAGONES DE MILICIAS DISCIPLINADAS

Corozal. Fue creado en su primitivo pie el año de 1784. Consta de cuatro compañías, con la fuerza total de doscientas plazas.

Comandante, el Sargento mayor veterano don José Javier Racines.

Guayaquil. Fue arreglado en su primitivo pie el año de 1788. Consta de cuatro compañías, con la fuerza total de doscientas plazas.

Comandante, el Sargento mayor veterano don Juan Falques.

COMPAÑÍA DE ARTILLERÍA DE PARDOS LIBRES

Cartagena. Fueron creadas en el año de 1773. Son dos, con la dotación de las veteranas de la misma plaza.

Comandante, el de las compañías veteranas.

Panamá. Una compañía igual en todo a las antecedentes.

Comandante, el de la compañía veterana.

NOTA. Hay varios cuerpos de milicias en lo interior del virreinato, que han quedado reducidos a la clase de urbanos.

ESTADOS MAYORES DE PLAZAS

Cartagena. Gobernador y Comandante general, el Mariscal de campo don Anastasio Cejudo.

Teniente de rey, el coronel de infantería don Manuel de Espinola.

Sargento mayor, el coronel don Blas de Soria.

Secretario del Gobierno y comandancia general, el capitán de infantería don Francisco Merlano.

Castillos de Bocachica. Comandante, el teniente coronel de infantería don Bartolomé Curalón.

Fuerte del Pastelillo. Comandante, el teniente coronel de infantería don Pedro Guerrero.

Santa Marta. Gobernador, el coronel de infantería don Antonio Samper.

Ríoacha. Gobernador, el coronel de infantería don José Medina Galindo.

Panamá. Gobernador y comandante general, el brigadier don Antonio Narváez.

Teniente de rey, el coronel de infantería don Juan Antonio de la Mata.

Sargento mayor, el teniente coronel de infantería don Roque Burriel.

Secretario del Gobierno y comandancia general, el capitán de Infantería don Juan Tamborre.

Portobelo. Gobernador, el teniente coronel don Lorenzo de Parga y Saavedra.

Castillo de Chagre. Comandante, lo es el sargento mayor del cuerpo de cazadores de Portobelo don José Matos.

Veragua y Alange. Gobernador, el teniente don Juan de Dios Ayala.

Darién del Sur. Gobernador, el teniente coronel de infantería don Francisco Ayala.

Quito. Gobernador, presidente y comandante general, el Mariscal de campo barón de Carondelet.

Mainas. Gobernador, el capitán e ingeniero ordinario don Diego Calvo.

Cuenca. Gobernador, el coronel de milicias don José Antonio Vallejo.

Guayaquil. Gobernador, el coronel de infantería don Juan de Urbina.

Popayán. Gobernador, el teniente coronel de infantería don Diego Antonio Nieto.

Chocó. Gobernador, el capitán don José Micaeli.

Llanos. Gobernador, el capitán don Remigio María Bobadilla.

Antioquia. Gobernador, el coronel de infantería don Víctor Salcedo y Somodevilla.

BREVE ESTUDIO

SOBRE LAS MURALLAS OCCIDENTALES DE CARTAGENA

La demolición de la cortina entre los baluartes de San Ignacio y San Javier — Una joya histórica de altísimo valor trasladada inexplicablemente a Bogotá.

Hemos demostrado en nuestro folleto sobre las murallas de Felipe II, cómo, por real cédula fechada en Valencia en 1645, éstas fueron concedidas a los reverendos padres jesuitas para servir de base al edificio que se proponían entonces seguir construyendo, con la condición de que las reemplazarían por obras nuevas de defensa paralelas a aquéllas y más afuera, compuestas de una cortina almenada flanqueada por dos bastiones, uno sobre el mar, que recibió el nombre de San Javier, y otro sobre la bahía, dedicado a San Ignacio de Loyola.

Esta cortina, que había resistido a los ataques de De Pointis, de Vernon y al sitio de 1815, había quedado intacta hasta nuestros días, cuando con la intención de aumentar la explanada donde las tropas de la guarnición reciben la instrucción, la autoridad militar ordenó, hace unos ocho años, derribarla en la mitad poco más o menos de su extensión.

El hecho pasó inadvertido; pero últimamente, con la misma intención, se siguió la demolición de la parte que quedaba, hasta el bastión de San Ignacio, el cual, por fortuna, ha quedado intacto.

Pero esta parte, recientemente destruída, ofrecía un punto interesantísimo, de cuyo aspecto, desgraciadamente, no se ha guardado recuerdo alguno, ni siquiera por fotografía.

Se trata de cierto espacio de la superficie exterior de la muralla donde la sillería estaba en completa discordancia con las líneas de asiento primitivas, lo que revelaba que en este punto se había abierto una brecha en alguna tentativa de asalto.

Esta brecha la había reparado, pero con piedras más pequeñas que las primitivas, lo que hacía el remiendo sumamente aparente.

¿Quién pudo abrir esta brecha? De Pointis, Vernon o las batallas de la Independencia? Más bien opinamos por De Pointis, porque considerando el punto por donde se abrió, no lo pudieron hacer sino tropas desembarcadas.

En todo caso, grande debió ser la sorpresa de los sitiadores cuando, abriendo dicha brecha, encontraron otra cortina de murallas atrás de la primera, es decir, la línea primitiva construída por Felipe II.

Muy pronto, pues, no quedará nada del frente occidental de la cintura fortificada que une los bastiones de San Ignacio y San Javier, que, cueste lo que cueste, habrá que salvar de la destrucción.

El de San Ignacio, sobre todo, merece una mención especial, y aprovechamos la ocasión para llamar la atención del Gobierno Nacional sobre la inexplicable traslación de cierta pieza sumamente curiosa que se sacó de este bastión, donde figuraba como joya histórica de altísimo valor.

Quiero hablar de cierto mortero de plaza, de gran calibre y fundido de un solo bloque de hierro, lo que lo mantenía en una inmovilidad absoluta y obligaba sus proyectiles a caer siempre en el mismo punto.

Esta pieza, centrada en el terraplén del bastión, dirigía su fuego sobre la entrada del istmo de Bocagrande, donde detenía por un tiro de *barrage* toda tentativa de irrupción del enemigo por tierra.

Inmóvil, luégo constantemente en batería sobre el mismo punto, cubría con su zona peligrosa la estrecha lengua de tierra, cuya distancia, de unos trescientos cincuenta metros, coincide bastante bien con el ángulo de tiro que se obtuvo en su construcción.

Hoy en día, esta pieza transportada en 1908 para satisfacer los caprichos de una administración desequilibrada, está ridículamente colocada encima de un montón de piedritas, en pleno parque de la Independencia, exhibiendo su lamentable decadencia a la sombra de un bosque de eucaliptos.

Mientras, el bastión de San Ignacio, para el cual había sido especialmente fabricada y donde relució tan bien en las heroicas convulsiones de la Cartagena histórica, no presenta más a la admiración de los turistas, en el mismo punto que antes ocupaba el mortero, que una minúscula caricatura de monumento más bien digno de figurar en la mesa de un bizcochero que en el soberbio baluarte donde se estrelló el orgullo del Almirante Vernon.

Gaston Lelarge

LOPE DE AGUIRRE

En los primeros capítulos de la historia de América se destaca la figura de Lope de Aguirre, que es de singular y pavorosa, que parece creación imaginaria, y que sus hechos son más bien del dominio de la fábula que de los campos históricos.

Sin embargo, las investigaciones modernas han venido a comprobar el sangriento drama que narran los antiguos cronistas; drama cuyo primer escenario es en las soledades del Amazonas, se

desarrolla luégo en el Atlántico y viene a tener desenlace en las campañas de Venezuela.

Copiosa es la bibliografía sobre aquel sombrío aventurero, y eruditos de varios países han escudriñado ese anormal episodio de las horas de la conquista. Pero quizás ningún estudio se había hecho con tanta laboriosidad, con tan exquisito criterio y con tan minucioso análisis, como el que acaba de publicar en España el señor don Emilio Jos (1).

Da al empezar una ojeada sobre la expedición de Ursúa, y pone luégo datos biográficos de éste y de su compañero Aguirre. Nació el primero en Ariscum, según parece, y vino muy joven a nuestro país con don Miguel Díez de Armendáriz. El redujo a la obediencia española la tribu de los chitareros y fundó la ciudad de Pamplona. Luégo fue a Santa Marta, y allí combatió contra los taironas. Pasó después a Panamá, y de ahí a Lima, donde el virrey Cañete lo encargó de una expedición en busca del Dorado. El segundo era natural de Oñate, y se embarcó también casi adolescente para el nuevo mundo. Tomó parte en el Perú en las disensiones de Pizarro y Almagro, y se estableció en las tierras del Cuzco. Tras de varios motines en que fue cómplice y de una vida revoltosa, vino a formar parte de la expedición de Ursúa que debía bajar por el Amazonas.

Se embarcaron aquellos hombres en el Hucallaga, río del Perú, que es uno de los primeros afluentes del Amazonas, y allí conservan aún unos peñascos el nombre de Aguirre. Caídos al río de Orellana, empieza la colosal tragedia: hace matar nuestro personaje a Ursúa y a su teniente Juan Vargas el día de año nuevo de 1561; desconoce a Felipe II y proclama como rey a don Fernando de Guzmán. Era un grito de independendencia, pero dado desgraciadamente por una horda de aventureros y no fundado en ideas y principios sino en las más odiosas pasiones. Pero en seguida Aguirre hace asesinar también al nuevo monarca y a su corte. El mismo lo refiere con todo cinismo en una carta al rey de España: «Yo maté al nuevo rey y al capitán de su guardia y al teniente general y a cuatro capitanes y a su mayordomo mayor y a su capellán, clérigo de misa, y a una mujer de la liga contra mí y a un comendador de Rodas, y a un almirante y a dos alféreces, y a otros cinco o seis aliados suyos; y con intención de llevar la guerra adelante o morir en ella, nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y luégo me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos.»

Bajan hasta el Atlántico y allí toman rumbo a la isla Margarita, donde el tirano hace matar al gobernador, al alcalde y a otras personas, por todas 25 víctimas. Luégo pasa a Burburata, en la costa de Venezuela, y se interna hacia Valencia, dejando siempre su huella de sangre. Va después a Barquisimeto, y allí termi-

(1) La expedición de Ursúa al Dorado y la rebelión de don Lope de Aguirre, según documentos inéditos Huéscas. Talleres gráficos, editorial V. Campo, 1927.

na su existencia a manos de sus mismos soldados. Pero antes asesinó a su hija Elvira, para que no fuese llamada la hija del traidor.

El señor Jos relata y documenta, en 300 páginas, tan extraordinario acontecimiento. Y nada ha escapado a sus investigaciones: todos los cronistas y cuantos escritores han tocado en manera alguna aquella carnicería, han sido (por él) leídos y analizados. Y a esto ha agregado su labor en los archivos (y la exhumación allí de papeles inéditos que dan mucha luz sobre el siniestro caudillo y sobre las escenas de su asombroso viaje.

Curiosas ilustraciones adornan el libro: el escudo de Ursúa y el de Bravo de Molina, donde figura Aguirre en uno de sus cuarteles; el desfiladero que lleva su nombre; vistas del Amazonas; muestras de cerámica indígena; facsímiles de manuscritos; el mapa de las regiones que fueron escenario de la truculenta expedición; diseños del Orinoco, y otros tantos fotograbados de extremada importancia.

Estudia especialmente el señor Jos lo relativo a la vía que siguiera Aguirre para pasar a Venezuela. Refuta allí, quizá con alguna exaltación, a quienes han opinado que el sanguinario jefe no bajó el Amazonas hasta su desembocadura, sino que subió por el río Negro, penetró en el brazo Casiquiare y cayó al Orinoco, el cual descendió hasta su inmenso delta. Las razones del señor Jos nos parecen de gran fuerza y aun podemos decir decisivas.

Deduce el señor Jos de todos esos acontecimientos que Aguirre era un loco, y ello también parece un concepto acertado. Sólo obra de un gran desequilibrio pueden ser esos crímenes; y lo sorprendente es que ese perverso anormal hubiera conservado autoridad y mando durante muchos meses y que lo siguiera ese puñado de aventureros en su terrible empresa. «Testigos, dice don Aristides Rojas, testigos de tantos... y tan repetidos crímenes, y sin voluntad para obrar, los tripulantes aparecen como autómatas que obedecen al más pequeño gesto del tirano. Este bautiza a los aventureros con el nombre de *marañones*, y él, su jefe, con el de *Fuerte Caud'lo*.

El mismo señor Rojas, en su preciosa tradición sobre el sombrío personaje, refiere esta conseja: «Más de tres siglos han pasado, y todavía el recuerdo de sus crímenes no se ha extinguido. Cuando en las noches oscuras se levantan de las llanuras y pantanos de Barquisimeto y lugares de la costa de Burburata fuegos fatuos, y copos de luz fosfórica vagan y se agitan a los caprichos del viento, los campesinos, al divisar aquellas luces, cuentan a sus hijos ser ellas el alma errante del tirano Aguirre, que no encuentra dicha ni reposo sobre la tierra.»

Aquí al Nuevo Reino de Granada vino a parar uno de los compañeros de Aguirre, llamado Diego de Talavera, y se avercindó en Tunja. La real audiencia le hizo aprehender y le siguió el juicio correspondiente. El señor don Roberto Rojas, laborioso investigador en nuestros archivos, ha hallado fragmentos del proceso y los ha publicado recientemente en la revista *Santafé y Bogotá* (julio,

septiembre y noviembre de 1927 y enero y marzo de 1928). De estos autos resulta que aquel marañón estuvo en las filas del tirano desde el Perú hasta Barquisimeto, donde desertó de ellas y se acogió al estandarte real. En su defensa alegó que era simple soldado, y que como siempre estuvo enfermo, no podía oponerse a la ejecución de los crímenes de Aguirre. En aquellos desiertos y bosques impenetrables era además imposible separarse de la siniestra legión.

La audiencia condenó a Talavera a diez años de galeras, destierro perpetuo de las Indias y mil pesos de multa, pero luego reformó esa sentencia destinándolo a servir en la villa de La Palma o ciudad de La Trinidad en la pacificación de los naturales de ellas durante dos años y rebajando la multa a trescientos pesos. Como ese viejo documento hallado por el señor Rojas se imprimía aquí al tiempo que el señor Jos editaba su magnífico libro, él no podía figurar en la extensa lista bibliográfica de éste. Esa lista consta de más de trescientas publicaciones, y es como un catálogo de historia americana; allí nuestros viejos crónistas Zamora, Ocariz, Gumilla, etc., etc., al lado de modernos escritores como Acosta, Borda, Esguerra, Restrepo y otros más. Mencionado está igualmente el drama de Carlos Arturo Torres, y hasta nuestro modesto nombre por ahí en dos o tres ocasiones.

Una biografía sí hemos visto de Aguirre, no citada en esa enumeración, biografía que contiene algunos datos no consignados en el libro en que nos ocupamos. Es quizás lo único que se escapó a la prodigiosa búsqueda del señor Jos. En 1883 publicó el señor J. A. Mac-Pherson, en Venezuela, un diccionario histórico, geográfico, estadístico y biográfico del estado de Lara, y allí aparece en su lugar correspondiente una vida del célebre tirano. Escrita esa obra en Barquisimeto, el mismo lugar donde terminó la dramática aventura, trae pormenores no mencionados en otros relatos. Véanse estos párrafos:

«Determinó, como hemos dicho antes, salir de Valencia mandando ahorcar por despedida la noche antes de partir a Benito Díaz, Francisco de Lara y Antonio Zigarra, el uno por haber dicho que tenía un pariente en el Nuevo Reino, y los otros por parecerle flojos para la guerra; y tomando el camino por la serranía de Nirgua, llegaron a Barquisimeto el sábado 22 de octubre de 1561, hallando la población completamente abandonada de sus moradores, pues Gutiérrez de la Peña, con sus tropas y todos los vecinos, se habían retirado a los barrancos del río. Aguirre escogió para su alojamiento la casa de Damián del Barrio, que ocupaba el sitio que hoy es el patio de la hacienda Las Damas, del señor Rafael Guevara. Entrando Aguirre en la ciudad, Diego García de Paredes, con ocho compañeros a caballo, se situó en el camino que habían traído los marañones para cortarles la retirada. Pablo Collado, aunque de muy mala gana, resolvió hallarse presente en el teatro de los acontecimientos, y así púsose en marcha del Tucuyó con Pedro Bravo de Molina y la gente que éste había traído de Mérida en su auxilio.....»

Tan pronto como llegó Collado a los barrancos del río, donde lo esperaba Gutiérrez de la Peña, se esparció la noticia dada por Pedro Bravo de que traían más de 200 hombres y que esperaban 200 más, lo que llegado a conocimiento de Aguirre y sus soldados, empezó a acobardarlos, y muchos de ellos empezaron a ver cómo se salvaban, pasándose al enemigo, y los primeros que lograron ejecutarlo fueron Juan Ranjel, Francisco Guerrero y Francisco Hurtado. El 25 de octubre en la noche mandó Aguirre 60 hombres al mando de Cristóbal García y Roberto Susaya, a sorprender el campo de Collado, pero estando la noche oscura y no siendo prácticos los marañones, se extraviaron y dieron casualmente con el capitán Romero, que venía con algunos vecinos de Nirgua en auxilio del gobernador, los que conociendo eran enemigos salieron corriendo hasta llegar al campamento de Gutiérrez de la Peña, que formó su gente y esperó el día; al amanecer marchó sobre el enemigo, pero los marañones se fueron retirando hasta que en unos matorrales se hicieron fuertes con sus armas de fuego, de que carecía en absoluto Gutiérrez, y por lo cual se vio obligado a retirarse, después de haberse pasado a su campo el capitán de Aguirre Diego Tirado y el soldado José María Zapata. Los días 26 y 27 de octubre los pasaron en constantes escaramuzas; Gutiérrez de la Peña, Pedro Bravo y García de Paredes, amagando constantemente la población, y los marañones defendiéndose y pasándose los que podían al campo contrario. El 27 había pensado Aguirre retirarse otra vez a Burburata, pero habiéndose negado a seguirle la mayor parte de sus soldados, estaban en estas discusiones cuando, acercándose a la población García de Paredes y Pedro Bravo, con un respetable número de gente a caballo, despachó a Jerónimo de Spínola con 15 arcabuceros a contenerlos, pero Spínola se pasó con sus compañeros; los demás marañones que estaban fuera de la población, animados por el ejemplo de Spínola, no quisieron ser de los últimos y se pasaron también, lo que visto por los que en la ciudad estaban, empezaron a gritar: viva el rey!, y se fueron también, dejando a Aguirre solo con Antón Llamoso, que habiendo jurado muchas veces le sería fiel amigo, quiso cumplir su palabra. Cuando Aguirre se vio abandonado, advirtiendo que sólo Llamoso estaba a su lado, le dijo: ¿Porqué no te vas también a gozar de los perdones del rey? A lo que Llamoso contestó que «le tenía ofrecida su amistad y que moriría a su lado»; Aguirre entró entonces a un aposento donde estaba una hija suya a quien amaba entrañablemente y que había traído del Perú acompañada de otra mujer, natural de Molina de Aragón, llamada la Torralva, y encarándose con la hija, le dijo se encomendase a Dios porque iba a matarla para librarla de la afrenta de que la llamasen hija de un traidor; y aunque la Torralva, asida del arcabuz, procuraba con ruegos disuadirlo de tamaño crimen, Aguirre soltó el arma, y sacando la daga, mató a puñaladas a la inocente niña. Salió Aguirre de semejante atrocidad, y sin aliento, completamente turbado, se arrimó a un rincón; viéndole en aquella situación un

tal Ledesma, espadero del Tocuyo, dijo a Paredes: Señor, aquí tengo vencido al tirano; a lo que Aguirre respondió: No me rindo yo a tan grandes bellacos como vos; y conociendo a Paredes por las insignias de su empleo, le suplicó que le oyera, pues tenía secretos de importancia que comunicar, y como Paredes condescendiera, recelosos los marañones de que Aguirre descubriese los crímenes de que estaban manchados, Juan de Chaves y Cristóbal Galindo le dispararon sus arcabuces; Chaves erró el tiro, que apenas le hirió en un brazo, defecto que conoció Aguirre desde que Chaves caló la cuerda, pues le dijo «mal tiro» antes de salir éste; pero al disparar Galindo, cuyo tiro le partió el corazón, dijo: éste sí que es bueno, y cayó muerto; otro de los marañones, llamado Custodio Hernández, le cortó la cabeza, y tomándola por los cabellos, que usaba muy largos, salió con ella en la mano a recibir al gobernador. La hija de Lope de Aguirre fue sepultada en el área del terreno en que hoy fabrica el señor Manuel Miredes varias casas frente al hospital de beneficencia de Barquisimeto, a pocos metros del templo de la Concepción; la cruz que pusieron sobre la tumba la conserva el señor presbítero maestro José Macario Yepes, que la regaló al templo de los Rastrojos como una curiosidad histórica, y en aquel templo se guarda.»

También el señor Caicedo Rojas publicó en la revista *Repertorio Colombiano* (tomo IV, pág. 322) un artículo sobre la fúnebre odisea de Aguirre, con el título de *Un monstruo execrable*. Es un trabajo instructivo y ameno, pero no aparece ahí hecho alguno desconocido. Se extracta en él la narración de Castellanos y el relato de Pedro Monguía inserto en la colección de Torres de Mendoza.

Del señor Michelena y Rojas, de quien cita Jos la *Exploración oficial del Orinoco, Casiquiare, río Negro y Amazonas*, leímos ahora tiempos un galano escrito, *Tres gotas de sangre en tres siglos*. Tenía fecha 1890, pero no recordamos el periódico o libro donde se halla. Sobre los estandartes que usara Aguirre escribió el señor don Vicente Dávila un notable estudio titulado *Las banderas del tirano*, insertado en su libro *Investigaciones Históricas*. Caracas 1923.

Dijimos antes que emplea tal vez un tanto de vehemencia el autor de la obra en que nos ocupamos, al hacer algunas rectificaciones. Y es el único punto en que no le daremos completo aplauso. Ante las aras de Clío, si lícitas y aun necesarias son las polémicas, deben ser éstas siempre respetuosas y serenas, pues todos estamos expuestos a caer en errores. Lamentable es ver hoy en Francia, cómo los hallazgos de Glozel han apasionado a los mismos sabios, y tal parece el debate cual si fuera un nuevo asunto Dreyfus.

La obra del señor Jos es un trabajo de largo aliento que hace luz sobre uno de los más notables acontecimientos de la historia americana, y debe tenerlo, al lado de los venerables cronistas, la

biblioteca de todo hombre amigo de conocer en sus curiosos detalles las ingentes luchas que tuvieron por teatro, en el siglo XVI, los ríos y las florestas del nuevo mundo.

E. Posada

PRIMERAS IMPRENTAS EN CIUDADES DE COLOMBIA

En el artículo *Manual del librero Hispanoamericano*, publicado en el número 191 de este *Boletín*, apuntamos la época de la fundación de tipografías en varios lugares de nuestro país; a ello agregaremos los siguientes apuntes:

Medellín. Para quien emprenda escribir la bibliografía de dicha ciudad añadiremos al dato que dimos de haberse fundado en 1814, lo siguiente: unas de sus primeras impresiones fue *Reglamento para las Escuelas de la Provincia de Antioquia*, Medellín, 6 de diciembre de 1819, por F. R. Estas iniciales creemos que correspondan al señor Félix de Restrepo.

Y véase este párrafo que hallamos por ahí en un archivo sobre personal y sueldos en esa primera tipografía: Lista civil de todos los sueldos que paga la república a los empleados en su administración. Imprenta. El impresor tiene 600; un oficial mayor, 300; dos peones a 192, 384; el redactor de la Gaceta, 600. Rionegro, 5 de diciembre de 1814.

Juan Francisco Ortiz dice en sus *Observaciones de viaje* hechas en 1849: «Hay dos malas imprentas: una en Antioquia y otra en Medellín; aquella sirve para imprimir esquelas, y de ésta, aunque ya muy gastada, salen dos periódicos de diez en diez días, *La Estrella de Occidente* y *El Censor*». Pero más adelante menciona otro periódico medellinense: *El Antioqueño* (1).

En el archivo anexo a la Biblioteca Nacional existe un expediente sobre la regularidad y aseo de la imprenta de Antioquia. Así lo dice el catálogo de aquél (Gobierno, tomo XXXII, página 241). En la Biblioteca Nacional encontramos por ahí refundidos unos números de la *Gaceta Ministerial de Antioquia*, publicados en Medellín; éstos son los de 2, 16 y 30 de octubre y 6 de noviembre de 1814. El señor J. Restrepo Laverde publicó en 1923, en un periódico de Medellín, la *Historia del Diario Oficial de Antioquia*, donde pueden verse datos precisos sobre esto.

Honda. De la imprenta que allí existía se habla así en el *Boletín de Crédito Nacional*, con fecha 4 de marzo de 1863:

«Comunicación en que el prefecto del departamento de Honda manifiesta al presidente de la junta que la imprenta que se ha inscrito en el registro de bienes desamortizados del distrito de Honda se está deteriorando, y que en consecuencia sería conve-

(1) *El Día*, 1849 y 1850.

niente ordenar se venda en remate. La junta aprobó la proposición que el tesorero general presenta en el informe sobre el asunto: «Ordénase al agente general de bienes desamortizados que dicte las providencias necesarias en primer lugar para el arreglo de la imprenta, y en segundo para que previas las formalidades legales, se saque a remate.»

Citamos en nuestro citado artículo unas palabras del gobernador de Mariquita en 1847. Véase lo que dice el mismo funcionario en 1856: «Imprenta.... Debo hablaros de este precioso establecimiento, que hace honor a la provincia, y es sin disputa su mejor elemento de prosperidad y de progreso..... La ordenanza 11 de 1854, en cuanto tiene por objeto el arreglo material y organización del establecimiento, no demanda reformas notables, pero en lo que tiene relación con el periódico oficial de la provincia que se elabora en él, sí las requiere.....»

Sabanilla. Debía existir ya imprenta en 1853, pues una ordenanza de la provincia, de 25 de noviembre de ese año, manda que se establezca un periódico provincial titulado *Gaceta de Sabanilla*, que se publicará en los días 15 y 30 de cada mes.

Ibagué. Para la historia de la imprenta en esa ciudad, agregaremos a los apuntes que ya dimos, el siguiente: a la junta de crédito público se hizo una representación por los vecinos de Ibagué para que se dejara allí la imprenta que perteneció al Colegio de San Simón, y la junta aprobó una proposición, por la cual se autorizó al señor agente principal de bienes desamortizados en el estado del Tolima para que vendiera a los vecinos de Ibagué la imprenta mencionada (1).

Esa imprenta de 1852 que mencionámos en nuestro artículo fue comprada con la contribución que hicieron varios ciudadanos. El gobernador hizo pública la lista de éstos, y como allí faltaran algunos nombres, aparecieron éstos en el *Neo-granadino* del 12 de marzo de dicho año.

Popayán. Relativa a la imprenta de Gabriel Espinosa, véase esta nota que poseemos original: «Ministerio de lo interior y justicia. En vista del oficio de vuestra señoría de 25 del próximo anterior, en que da parte a su excelencia el vicepresidente de la República haber entregado en esa ciudad el ciudadano Cayetano Espinosa la imprenta íntegra, a disposición de vuestra señoría, a pesar de la orden que tenía éste de Calzada para que la llevara a Pasto, ha dispuesto su excelencia por decreto de 8 de los corrientes lo que sigue: «Que la imprenta se mantenga en seguridad, trayéndola al Valle del Cauca, si fuere preciso, hasta que se pueda hacer uso de ella. Lo que en su cumplimiento transcribo a vuestra señoría sirviendo de contestación a su citado oficio. Dios guarde a

(1) *Boletín del Crédito Nacional*, 24 de agosto de 1862.

vuestra señoría muchos años. Santafé, noviembre 21 de 1820. *Estanislao Vergara*. Señor comandante de cazadores ciudadano Joaquín París.»

Duitama. Entre las publicaciones de la imprenta que citamos, está la siguiente impresa en 1880: *Finalización honrosa del colegio agrícola de Solano*. Duitama. Imprenta del Colegio agrícola de Solano. Editor, Nemesio Torres. 120 páginas.

Cartagena. Para la bibliografía cartagenera hemos recogido estos datos el señor Bonifacio Rodríguez le dice al general Santander, en carta del 27 de agosto de 1827: «La imprenta libre de Cartagena ha callado. González, el impresor, anda fugitivo porque a la fuerza quieren hacerlo comisario de las tropas en marcha sobre esa capital con sólo la mira de sacarlo de la ciudad.»

En esa ciudad se hizo una publicación titulada: *Aviso salvable a los que no quieran ser ahorcados, la cual fue reproducida en Gaceta Ministerial del 21 de octubre de 1813*. Tiene la fecha: *Cartagena, septiembre 28 de 1813, 30. G. G. P.* y pie de imprenta: *Cartagena de Indias, año de 1813. Primero de la independencia*. El autor fue probablemente *Gabriel Gutiérrez de Piñeres*.

En una carta escrita en Cartagena, el 19 de agosto de 1826, por el señor Alejandro Vélez a don Rufino Cuervo, le dice: «Si no hiciese tanto calor escribiría un artículo contra Calcaño y te lo remitiría; pero es imposible. Está esto inhabitable. Mucho me ha gustado el raspón que han dado en *La Bandera* al dicho autor y también a *El amigo de la paz*.»

Y en una hoja suelta de la Biblioteca Nacional (fondo Pineda, periódicos, volumen 58, página 541) hay esta noticia:

«Imprenta de la Democracia. Acaba de plantearse con este título un establecimiento tipográfico, costeadó por varios ciudadanos liberales de esta ciudad. La prensa, tipos y demás útiles han venido de la fábrica de John Withe, una de las más acreditadas de los Estados Unidos
Cartagena, 27 de enero de 1850. Imprenta de *La Democracia*, por Federico Núñez.»

La *Gaceta Ministerial* del 4 de febrero de 1813 dice que por el último correo de Cartagena se ha recibido un ejemplar de la reimpresión que se ha hecho allá del acta celebrada en 22 de octubre.

En una relación sobre Cartagena que se publicó en la *Gaceta real de Jamaica*, el 13 de marzo de 1813, se leen estas líneas:

«Hay allí dos casas de imprenta, y una de ellas, que es la imprenta del gobierno, produce la *Gaceta de Cartagena*. Esta en general contiene una porción de tonterías y como las otras gacetas del Sur de América; no contiene avisos para el público, excepto uno que otro, pero muy raro; un corto memorándum de alguna cosa que se necesita. Las ventas públicas son casi desconocidas. Durante toda la semana la prensa se ocupa en cortas piezas en forma de diálogos sobre el gobierno. Todos los ensayos populares de la prensa extranjera son traducidos inmediatamente. Un

caballero un día paseando por las calles observó a una joven de color, al parecer de la más baja clase, leyendo uno de estos impresos en el zaguán de una casa a un auditorio de la misma clase, y los soldados en el cuarto de guardia se encuentran menos desocupados cuando sale alguna cosa nueva» (1).

Cúcuta. Respecto a la imprenta en Cúcuta véanse los siguientes extractos de las actas del congreso allá reunido en 1821:

«El señor Santamaría manifestó entonces que no habiendo quién dedicase de las ventajas que resultaron del establecimiento de una imprenta en esta capital para con su auxilio satisfacer de algún modo la expectación pública, podía prevenirse al gobierno hiciera venir la que se sabía haber llegado a Maracaibo; en cuyo acto el señor Gual aseguró al congreso que el excelentísimo señor vicepresidente había ya tomado en el particular las medidas eficaces que se habían tenido por oportunas» (mayo 8).

«Recordada la moción del señor Santamaría, que modificó el señor Gómez, sobre que se haga traer una imprenta, se acordó a continuación que se indique al ejecutivo dicte sus providencias para que a la mayor brevedad posible venga una imprenta en que puedan darse a la luz pública los trabajos del congreso» (junio 25).

«El señor secretario Soto pidió que pues no había por desgracia una imprenta regular en esta capital, se mandase copiar diez ejemplares, por lo menos, para que los puedan consultar los diputados, distribuidos en secciones, pero habiendo observado el señor Mutis que tal vez podrá darse a la luz *La Constitución* en esta pequeña imprenta, se encargó de hacer en el particular las indagaciones necesarias» (julio 2).

«El mismo señor Mutis dio cuenta, de palabra, del éxito que ha tenido su indagación para imprimir en esta villa el proyecto de *Constitución*» (julio 3).

«Con este motivo se recordó la tardanza que se experimentaba en la impresión y promulgación de la proclama que en 5 de junio dirigió el congreso a los pueblos y tropas de mar y tierra en mengua de la gratitud que había querido manifestar el cuerpo representativo a la nación, y en desdoro de sus miembros. Se habló entonces de que en esto sólo tenía culpa la miseria de la capital, donde no había imprenta ni los demás medios correspondientes a la silla del gobierno; y después de varias reflexiones se votó esta proposición: que se diga al ejecutivo dé las órdenes convenientes para que se imprima, publique y circule a la mayor brevedad la alocución dirigida por el congreso a los pueblos y a los ejércitos» (julio 16).

Y esta carta del señor J. M. Restrepo escrita en Cúcuta el 21 de julio de 1821: «El congreso tiene la enorme desventaja de que el gobierno no le ha proporcionado imprenta en que se puedan pu-

(1) Reprodujo esto la *Gaceta Ministerial* de Bogotá el 17 de junio de 1813, y de ahí lo tomamos. La traducción, pues, no es nuestra.

blicar sus trabajos que por ahora quedarán en gran parte sepultados en los archivos» (1).

Respecto a la imprenta portátil que usó Nariño, conocemos una proclama de éste a los habitantes de Tunja, fechada *Campo de Ovejas*, 30 de noviembre de 1812, la cual tiene este pie de imprenta: *En las Ovejas, en la imprenta del ejército del norte por el comandante Francisco de P. Castellanos* (2).

Sobre el periodismo en Caloto véanse estos datos que nos ha enviado de allá el señor M. Sendoya:

En el año de 1909 llegó a Caloto la primera imprenta que le fue obsequiada al municipio por el señor gobernador del Cauca, don Julio Caicedo. De ese año a esta época han salido los siguientes periódicos: *El Provinciano*, periódico de variedades e interés general; el primer número salió el 8 de septiembre de 1909, y alcanzó hasta el número 7. Fue su director el boyacense don Ramón Moreno y Huertas. *Litófago* salió el 23 de marzo de 1910, bajo la dirección del caloteño don Jeremías Zúñiga Barona; era periódico literario y de variedades, y sólo salieron tres números. Al anterior sucedió *Luz y sombra*, bajo la dirección del mismo señor Zúñiga Barona, del cual sólo salieron tres números. Estos dos periódicos eran dirigidos por los jóvenes, y sostuvieron fuerte polémica con *El Provinciano*. El 14 de febrero de 1911 salió el primer número de *Albores*, bajo la dirección de don Julio Valdés Sandoval, que, como los anteriores, era literario, político y de intereses generales. Sólo salieron nueve números. *El Colombiano* salió por primera vez el 15 de junio de 1912, dirigido por el palmirano señor don Uladislao Romero. Era periódico eventual, político y de variedades; tuvo varias interrupciones, y alcanzaron a salir cuarenta y cuatro números; libró recias batallas en pro de la causa conservadora y de los intereses municipales. En él colaboraron casi todos los intelectuales de Caloto. Dirigido por el presbítero Nereo Piedrahita, salió el 7 de junio de 1913 un periódico titulado *El Lábaro*, órgano de la parroquia; salieron cincuenta números. *El Ideal*, periódico de literatura, política e intereses generales, hizo su primera salida el 20 de diciembre de 1913, dirigido por don Jesús Bejarano; salieron 3 números. El 9 de abril de 1914, bajo la dirección de don Julio Valdés S., salió el primer número de un periódico titulado *Esfuerzos*; era quincenal, literario y de intereses generales; salieron 50 números. Los doctores Virgilio y Escipión Jaramillo P. sacaron el 9 de septiembre de 1916 un periódico con el nombre de *La Orientación*; era periódico de información, política e intereses generales; salieron 30 números. En noviembre de 1924 vendió el municipio la imprenta al señor Rogerio Espinosa, de Santander (Cauca).

E. Posada

(1) Publicada en *Archivo Historial* número 107.

(2) Existe en la Biblioteca Nacional, número 12.767.

FASTOS DE BOGOTÁ

(Continuación).

DICIEMBRE

Día 1.º Buen tiempo. Llega un posta del sur con noticia de haberse retirado Julio Arboleda a Pasto el día 28 del pasado octubre. Anda la chispa de que ha muerto este

Día 2.º Buen tiempo. Los godos no creen en las noticias que se dicen acerca de Arboleda; antes bien, aseguran que la posición de este es de lo más brillante, pues dizque lo auxilia el Ecuador. Sale el Boletín número 109, en el que se insertan algunas notas oficiales sobre la retirada a Pasto de Arboleda.

Día 3.º Lluvia por la tarde. Varios, o por mejor decir, muchos liberales dudan de la noticia dada en el último Boletín acerca de la muerte de Arboleda, pues no es un verdadero parte oficial lo que se ha publicado.

Día 4. Lluvioso. Ninguna novedad.

Día 5. Muy lluvioso. Síguese diciendo como cierta la muerte de Arboleda en una emboscada. Muere el señor Nicanor Palacio.

Día 6. Algo lluvioso por la tarde y noche.

Día 7. Muy lluvioso. Iluminación decente en las casas de los liberales, en las de los godos en muy pocas, pues para estas gentes no hay religión sino cuando ellos están en el poder.

Día 8. Muy lluvioso. Se unen en matrimonio el señor Ramón Rozo y la señorita Ana Josefa Laverde.

Día 9. Algo Lluvioso. Gran serenata, globos, cohetes gran concurso en *La tiva en el campo*, casa de refresco de los señores Ruedas situada en el paseo.

Día 10. Buen tiempo. Muere el presbítero Esteban Gómez. Sale el Boletín número 110, en el cual se inserta un decreto de amnistía y una alocución del presidente de los Estados Unidos de Colombia.

Día 11. Buen tiempo. La gente se prepara a divertirse en los aguinaldos. Las personas de más recursos y disposición para divertirse hacen sus preparativos para irse a Funza, en donde habrá unas magníficas fiestas en la nochebuena y las pascuas.

Día 12. Algo lluvioso por la tarde. Asegúrase que Arboleda ha muerto en una emboscada.

Día 13. Buen tiempo. Día 14. Tiempo regular.

Día 15. Buena mañana, tarde algo lluviosa.

Día 16. Buen tiempo. Misas de aguinaldo muy concurridas en San Diego, San Francisco, San Juan de Dios y en otros templos. Sale el Boletín número 111, en el que se publican algunas notas en que se habla de algunas referencias acerca de la muerte de Arboleda, ocurrida en el sitio del Arenal en la montaña de Berruecos, siendo conducido el cadáver a Pasto en un cajón de lata. Muchas personas del partido liberal dudan de la certeza de esta noti-

cia, pues no hay parte alguno oficial. En cuanto a los godos, ninguno la cree, antes bien, esparcen grandes noticias de famosos combates ganados por Arboleda.

Día 17. Buen tiempo. Sigue la duda acerca de la muerte de Arboleda. Ninguna noticia ha llegado del sur que confirme ni desmienta este suceso. Los godos tienen grandes esperanzas en su caudillo Julio, así es que se ríen cuando oyen hablar de la muerte de este.

Día 18. Buen tiempo. La gente sigue divirtiéndose; pocos se acuerdan de la política.

Día 19. Sigue el buen tiempo.

Día 20. Algo lluvioso por la tarde.

Día 21. Buen tiempo. Por la noche en el teatro se da el drama *El paraíso perdido*.

Día 22. Buen tiempo. Día 23. Buen tiempo.

Día 24. Buen tiempo. En la madrugada de este día muere la señora Josefa Fortoul de Calvo. Magníficas misas de aguinaldo en San Juan de Dios, igualmente que en San Francisco y San Diego. En esta última iglesia hubo danzas de pastores, y a la salida en el lago, globos de colores, cohetes, danzas, orquesta, novillas, cuya carne se repartió entre los pobres, gran concurso. Esta fiesta fue costeadada por el señor Indalecio Barragán. La gente sigue divirtiéndose sin recordar la política.

Día 25. Tiempo bello. Sigue la gente divirtiéndose en bailes y tertulias, zarzuelas y pesebres. Por la noche llega noticia del incendio de varias casas ocurrido en Funza, a las tres de la tarde, estando la gente divirtiéndose en los toros. Los godos están alegrísimos, pues aseguran que han llegado de Popayán cartas fidedignas en las cuales se dice que la situación de Arboleda es brillantísima y que de un momento a otro dará un terrible y bien concertado golpe a los herejes liberales.

Día 26. Algo opaco, tarde bella. Sale el Boletín número 112, en el que se publican cartas y comunicaciones que no dejan duda alguna de la muerte de Arboleda, ocurrida, como se dijo en otro Boletín el 13 del pasado noviembre. Publicanse también las proposiciones de paz que hace Canal por medio de sus comisionados.

ENERO

Día 1.º Bellísimo tiempo. Día 2. Tiempo bello y caluroso.

Día 3. Hermoso y muy caluroso. En la madrugada de este día ha muerto la señora Josefa Amaya.

Día 4. Tiempo muy caluroso y bello. Exequias en San Diego de la señora Josefa Amaya. Por la noche teatro, drama de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda: *La hija de las flores, o todos están locos*. Final, la *Aria de calumnia*, cantada por el simpático Honorato Barriga. Esta función agradó mucho, y se pidió repetición.

Día 5. Tiempo bello.

Día 6. Buen tiempo. Se casan Fernando Rodríguez con la señora Dolores Galvis. Repetición en el teatro del drama *La hija de las flores*. Sainete: *Los ciegos hipócritas*.

Día 7. Buen día, noche algo lluviosa. Muere el señor Patricio Gutiérrez. Se unen en matrimonio el señor Miguel Parra y la señorita Hernández.

Día 8. Bello día. Día 9. Buen tiempo. Día 10. Buen tiempo. Día 11. Tiempo caluroso y bello.

Día 12. Tiempo bello. Muere la apreciable y desgraciadísima señora Lastenia Parra de Pradilla. Mueren las señoras Josefa Chaves y Rosa Páez y fray Agustín Delgadillo, religioso agustino.

Día 13. Buen tiempo por la mañana. Por la tarde alguna lluvia. Día 14. Buen tiempo. Día 15. Buen tiempo.

Día 16. Buena mañana, tarde opaca. Sale el Boletín número 114, en el que se da noticia de haberse instalado la junta preparatoria para la convención el 4 del corriente en Ríonegro.

Día 17. Buena mañana, tarde algo lluviosa. Por la noche incendio en la casa del señor Isidro Vargas. Mueren la señora Mariana Esguerra y el presbítero Antonio Martínez y la señora Margarita Matiz de Pulido.

Día 18. Bella mañana, tarde opaca y algo lluviosa, noche oscura y muy lluviosa. Muere el presbítero doctor Carlos Mantilla, secretario del arzobispado. Por la noche, gran función en el teatro de la compañía mímico-plástica de Keller. El público salió muy complacido.

Día 19. Buen tiempo. Por la tarde se hacen en San Carlos las exequias del doctor Mantilla. Por la mañana murió el señor Gregorio Rodríguez Martínez.

Día 20. Bellísimo y calurosísimo tiempo. Exequias en San Carlos del señor Gregorio Rodríguez M. A las tres y media de la tarde hubo un pequeño temblor de tierra. Muere el señor Pedro Martínez.

Día 21. Buen tiempo. Día 22. Día caluroso y bello.

Día 23. Buen tiempo. Muere la señora Dolores Quintana, mujer virtuosa y apreciable.

Día 24. Mañana hermosa, lluvia por la tarde. Sale el Boletín número 115, el cual publica el convenio de paz celebrado en Cali, el 29 de diciembre próximo pasado, entre el general Gabriel Reyes y los comisionados de Leonardo Canal, en el cual se somete éste con las fuerzas de su mando al gobierno de los Estados Unidos de Colombia, dando éste una completa amnistía a todos los sometidos, etc. Muere el señor José María Ramírez.

Día 25. Opaco. Lluvia por la tarde. Día 26. Buen tiempo. Día 27. Buen tiempo. Día 28. Buen tiempo.

Día 29. Buen tiempo. Muere la señorita Leocadia Aguirre de Rosas. Por la tarde se suicida con un cuchillo un zapatero llamado Ramón N. en una de las calles del Hospicio.

Día 30. Fuerte granizada por la tarde. Entierro en las Nieves de la señora Leocadia Aguirre.

Día 31. Lluvioso. Muere el señor Jaime Arroyo. Se casan el señor Silvestre Samper y la señorita Aminta Samper.

FEBRERO

1.º Lluvioso. Reciben la bendición nupcial el excelente y simpático artista músico señor Vicente Vargas y la bella y apreciable señorita Dolores Ramírez.

Día 2. Muy lluvioso.

Día 3. Lluvioso. Hoy ha circulado una hoja suelta impresa y suscrita por *cien católicos*, con objeto de criticar como sacrílegas las funciones mímico-plásticas de la compañía de Keller.

Día 4. Lluvioso. Sale el Boletín número 116, en el cual se dice que Monsalve, uno de los jefes de Canal, ofrece entregarse con la división de su mando, constante de 700 hombres.

Día 5. Poca lluvia. Sale con fecha de ayer una hoja suelta de Keller en contestación al retrógado papelucho suscrito por *cien católicos*, en la cual Keller trata como lo merecen a sus ignorantes autores.

Día 6. Buena mañana. Por la tarde cayó un poco de granizo. Llega una orden terminante del presidente de la Unión para que sean arrojadas las monjas existentes en esta capital de sus conventos. Desde las dos y media de la tarde se rodean de tropa los cinco conventos de monjas y se intima a éstas el decreto del presidente. Mucha gente se agolpa en las esquinas de los conventos, tanto por interés como por curiosidad. Comienzan a sacar muebles y ropas desde las cuatro de la tarde. La expectativa es general. Varias son las versiones que corren acerca de los motivos: ya se dice que se ha denunciado que hay en cada convento depósitos de armas, etc., ya que se les ha cogido correspondencia a las monjas de aquí con las de Antioquia ofreciendo recursos para una nueva revolución, etc. Muchas personas del partido liberal se han abocado con el gobernador del departamento, señor Miguel Gutiérrez Nieto, suplicándole suspenda la ejecución de esta medida; pero él ha contestado que las órdenes que ha recibido no le permiten dilatar ni suspender la ejecución de tal decreto, y que está resuelto a llevarlo a efecto. Grandes partidas de beatas llorando e insultando, cruzan las calles. Sea dicho, en obsequio de la verdad, unánimemente se ha censurado con acritud tal medida como impolítica, inconducente, despótica y brutal. Algunos jóvenes se han comisionado para recoger firmas en una protesta contra el atentado, y se asegura que ha sido grande el número de personas que ha acudido a firmar. La mayoría de la población está indignada y aun hasta los más indiferentes están disgustados. A las seis de la tarde han salido ya algunas criadas de las monjas. Estas se resisten a salir, y se asegura que si mañana continúan en su resistencia las sacarán por la fuerza. Siguen los empeños con el gobernador para que suspenda la ejecución de la medida, pero éste se mantiene inflexible. Se asegura que el provisor ha dado licencia a las monjas para que firmen.

la sumisión a los decretos de tuición, pero nada ha valido, pues la orden del presidente de la Unión es de que sean en el acto sacadas de sus domicilios.

Día 7. Bellísimo tiempo. Muere la señora Domitila Morales. Aparece un cartel o aviso con el título de *protesta* que hace el partido liberal contra la expulsión de las monjas. Siguen sacando trastos de los conventos; la gente no deja de manifestar claramente su desagrado. Publícase a la una del día un bando prohibiendo el que se transite por las calles después de las siete de la noche y que se formen grupos de más de cuatro personas. La gente sigue agolpada en las esquinas de los monasterios. Cerca de las cinco de la tarde salieron en comunidad las monjas, yendo las de Santa Inés a la casa de la señora Manuela París; las del Carmen, a casa de la señora Agustina Fuenmayor; las de Santa Gertrudis, a la casa de las señoras Carrasquilla Molina; y las de la Concepción y Santa Clara, a dos casas de una señora Durán. Una gran concurrencia muy conmovida acompañaba a las monjas a sus nuevos domicilios. Una cosa ha llamado en extremo la atención de toda la población de Bogotá, y ha sido la indiferencia con que ha mirado tanto el clero regular como el secular este suceso. Tres o cuatro clérigos cuando más manifestaron interés por las pobres monjas, y fueron a consolarlas exhortándolas y acompañándolas a sus nuevas habitaciones. El clero godo en donde no ve lucro ¿para qué se ha de mezclar?; en cuanto al clero liberal, hizo muchos empeños con el gobernador para que suspendiese este decreto de despojo, pero nada logró. Algunos jóvenes del partido liberal piden a nombre de todo el partido firmas para una protesta formal contra el decreto de expulsión de las monjas, la cual, según se dice, verá pronto la luz pública y se elevará a la convención en forma de representación o súplica para que las comunidades expresadas vuelvan a ser colocadas en sus respectivos conventos.

Todo el partido godo y varios liberales pusilánimes y tímidos creen ver en esta medida la pérdida completa, irreparable y eterna del partido liberal. Fundan su creencia en que todo el pueblo ha manifestado unánime y enérgicamente su desagrado e improbación por el despojo violento de que se ha hecho víctimas a las monjas. Tal vez tengan razón. Pero en este pronóstico olvidan que todo sentimiento popular manifestado enérgicamente, promovido y provocado por un suceso de corta duración, es una hoguera que se apaga a la primera lluvia que caiga; nuevos acontecimientos distraen la atención popular entibiando el entusiasmo, y el tiempo acaba de borrar estas impresiones. Es reducido a prisión el señor Benito Gaitán, director de la imprenta del Mosaico, en donde se creyó que había sido impresa la protesta. El gobernador del departamento dio una alocución invitando a los habitantes de la ciudad a guardar el orden, que parecía iba a turbarse según el alarma que esparció la medida tomada respecto de las monjas. Se asegura que varias de éstas han pedido su pasaporte para Europa, pero que se les ha negado. Muere la señora Domitila Morales Gutiérrez.

Día 8. Lindísimo día. Los ánimos están algún tanto calmados. Se asegura que en Antioquia se ha descubierto una revolución próxima a estallar, a consecuencia de lo cual han sido fusilados tres comandantes: Mazuera, Marulanda y Madriñán. Se dice por algunos que las monjas de aquí tenían correspondencia con los rebeldes; que dicha correspondencia ha sido descubierta, y que esto ha motivado su expulsión. Muchos son los absurdos que se dicen acerca de los motivos que han dado lugar al decreto de despojo de las monjas.

Día 9. Bello tiempo. Las monjas de la Concepción y de Santa Clara se trasladan hoy: las primeras, a la casa de las señoras Azuolas, y las segundas, a una casa de la calle de las Aguitas. Por cartas particulares se sabe que pasan de 35 los miembros para la convención reunidos en Rionegro, y que ésta debe estar ya reunida.

Día 10. Mañana opaca, tarde y noche bellas. Se dice que es falso el hecho de haber sido fusilados en el estado de Antioquia los individuos de que se habló antes de ayer. Muchas personas curiosas acuden a visitar los conventos de las monjas. Muere la señorita Nieves Escobar.

Día 11. Buen tiempo. Asegúrase que el ministro del Perú ha ofrecido costear el viaje a las monjas que quieran salir del país, hasta Lima.

Día 12. Triste y nublado. Las monjas, particularmente las del monasterio del Carmen, están resueltas a salir del país, para la cual están haciendo sus preparativos.

Día 13. Muchas lloviznas y mucho frío. Muere la señora Tránsito Baquero.

Día 14. Opaco y frío, fuertes vientos por la noche.

Día 15. Opaco, muy frío y bastante llovizna. Se dice que mañana se notificará a las monjas su disolución, pues la autoridad no permite que sigan viviendo en comunidad. Llega un decreto de indulto general hasta para los delitos comunes.

Día 16. Opaco y mucha llovizna.

Día 17. Sereno. Llega noticia de haberse instalado la convención en Rionegro con 49 de sus miembros el 4 del corriente; fueron electos para presidente, vicepresidente y secretario los señores Francisco Javier Zaldúa, Eustorgio Salgar y Ramón Gómez. El general Mosquera ha entregado a este augusto cuerpo el poder que le había confiado el pueblo. Ha dado una corta y enérgica alocución que ha agradado a todos. Muchos ilusos que creían que Mosquera impediría el que se reuniese la convención para quedar él solo gobernando el país a su capricho, se han desengañado de una manera espléndida. Ojalá que los sucesos venideros y que las grandes cuestiones que deben tratarse en aquella gran corporación sean como lo desea la mayoría de los colombianos favorables al país, y que los diputados, despojándose de toda mira e interés personal, hagan que de aquel cuerpo surjan las medidas más apropiadas para la próspera marcha de la patria. Se ha celebrado la reunión de la convención con salvos, formación de la guarnición,

cohetes, dianas, etc. Se publicó por bando la alocución del general Mosquera y el decreto de indulto; en consecuencia se puso en libertad a todos los presos que había en las cárceles. Por la noche murió el señor Pedro Nieto. En este día murió también el señor Wenceslao Uribe Restrepo, natural de Antioquia. Se unen en matrimonio el señor Rafael Chacón y la señorita Matilde Valenzuela.

Día 18. Buen tiempo. Muere la bella e interesante joven Beatriz Villarreal, natural del Socorro, su muerte ha sido generalmente sentida por todos los que las conocieron.

Día 19. Buen tiempo. Exequias en la tercera de la bella Beatriz Villarreal y en San Carlos las de Pedro Nieto.

Día 20. Bello tiempo por la mañana, lluvia por la tarde

Día 21. Bella mañana, tarde lluviosa. Publíquese un bando.

Día 22. Bellísimo día. Se dice que la convención, por renuncia que hizo de la presidencia provisoria de los Estados Unidos de Colombia, ha asumido el mando nombrando de Secretarios: de estado, a Mosquera; de guerra, a López; de relaciones exteriores, a S. Gutiérrez; de gobierno, a Eustorgio Salgar; de hacienda y del tesoro y crédito nacional, a F. Largacha.

Día 23. Bello tiempo. Se dice que la convención ha nombrado gran mariscal a Mosquera, con \$ 12,000 de renta-vitalicia (esta noticia es falsa en cuanto al hombramiento de mariscal). Muere el señor Leoncio Escobar.

Día 24. Buen tiempo. El nombramiento de secretarios de estado hecho por la convención es evidente.

Día 25. Tiempo hermoso. Sale una hoja suelta suscrita por dos artesanos, en la que se hace un patriótico recuerdo de la heroica defensa del convento de San Agustín en los días 25 y 26 de febrero de 1862. Este aniversario se celebrará con iluminaciones, paseo militar, misa solemne, formaciones, salvas, canciones, etc., según un programa fijado en las esquinas. Esto tendrá lugar en los días 25, 26 y 27 del presente. Sale el número 1.º del periódico titulado *La Opinión*.

Día 26. Tiempo muy hermoso. Gran formación de los inválidos y de los cuerpos que componen la guarnición; paseo militar a la plaza de Marte; navegación en el lago: esto a las doce del día. Por la tarde, simulacro de batalla, gran comida, navegación en el lago, arengas, etc. Un gran concurso asistió a esta fiesta, la cual estuvo a punto de ser desgraciada a consecuencia de una pelea entre unos franceses de un bote y algunos músicos, pues los contendientes estaban muy cargados de licor. Por la noche han recibido la bendición nupcial el señor Juan Crisóstomo Osorio y la señorita Clara Azcuénaga.

Día 27. Bello día. Gran velación en la catedral por las almas de los que murieron el 25 y 26 de febrero de 1863. Muere la señorita Matilde Fernández Ramírez.

Día 28. Buena mañana, tarde lluviosa, noche muy bella.

MARZO

Día 1.º Buena mañana, tarde opaca y con amago de lluvia. Sale el número 1.º del periódico titulado *El Semanario de avisos*.

Día 2. Buen tiempo.

Día 3. Buen día. Hoy a las diez y media de la mañana ha muerto la señora María Soledad O'Leary de Malo. Un violento tifo la mató. Deja seis hijos de tierna edad.

Día 4. Mañana algo opaca y algo de llovizna. Tarde y noche bellas. Exequias de la señora Soledad O'Leary de Malo, las que fueron muy concurridas. Estas se celebraron a las 10 de la mañana en la iglesia de San Carlos. Elecciones para cabildantes.

Día 5. Buen tiempo. Muere la señora Brígida Cantera.

Día 6. Buen tiempo.

Día 7. Buen tiempo. Hoy han cogido unas casas donde una gran cuadrilla de ladrones ocultaban los objetos que robaban.

Día 8. Buena mañana, alguna lluvia a la tarde, noche bella. Se asegura que han sido aprehendidos como unos siete de los ladrones de la gran cuadrilla.

Día 9. Linda mañana, tarde lluviosa, buena noche.

Día 10. Buen tiempo.

Día 11. Mañana buena, tarde con llovizna.

Día 12. Buen tiempo.

Día 13. Buen tiempo. Muere la señora Dolores Salcedo.

Día 14. Buen tiempo. Sale el Boletín número 117, que no es otra cosa que una reseña de las atrocidades cometidas por Carranza, guerrillero aún en armas, y uno de los apoyos más poderosos del partido godo. Este hombre no tiene más instinto que el que tiene un tigre; su placer es derramar sangre humana y saquear las poblaciones.

Día 15. Buen tiempo. Reúnese a las doce del día la corporación municipal.

Día 16. Buen tiempo. Muere el doctor Alejandro Osorio, hombre de grande y sólida instrucción, claro talento y excelente corazón; prestó grandes servicios a su país en varias épocas, muy particularmente en la de la independencia, ayudando al gran Nariño con sus luces, actividad y consagración. Deja el señor Osorio un grato recuerdo entre todos los que lo conocieron, y un gran vacío entre los amantes de la educación del bello sexo. La caridad era una de sus prendas más sobresalientes, así es que con su muerte muchas personas quedan como huérfanas faltándoles tan buen protector. Murió este benéfico señor a la una y media de la madrugada.

Día 17. Buen tiempo. Exequias en San Carlos del señor doctor Osorio, las que fueron muy concurridas.

Día 18. Buen tiempo. Muere Mistris Williams, natural de Inglaterra.

Día 19. Lluvioso por la tarde. Día 20. Lluvioso por la tarde.

Día 21. Lluvioso por la tarde.

Día 22. Lluvioso. El sarampión ha aparecido en estos días y está haciendo estragos en los niños.

Día 23. Lluvioso por la tarde. Muere la señora Josefa Aráoz.

Día 24. Lluvioso. Exequias de la señora Aráoz en San Victorino. Muere el señor Ignacio Latorre.

Día 25. Muy lluvioso. Día 26. Lluvioso. Día 27. Muy lluvioso.

Día 28. Muy lluvioso. A las tres y media de la tarde se desplomó un lienzo de la muralla del puente de San Victorino.

Día 29. Mañana lluviosa, tarde y noche lluviosas.

Día 30. Lluvioso.

Día 31. Lluvioso. Muere el señor Juan de Dios Haro, el cual estaba ciego hacía como treinta años. Fue maestro de escuela algunos años.

ABRIL

Día 1.º Lluviosísimo. Exequias en San Carlos por el alma del señor Juan de Dios Haro, por la tarde.

Día 2. Muy lluvioso. Por la mañana un jovencito hijo del señor Joaquín Soto disparó atolondradamente una escopeta e hirió mortalmente a otro jovencito Eliseo Ortega, primo suyo. Muere también por la mañana el antiguo secretario de lo interior en la antigua Colombia, doctor José Manuel Restrepo, natural del Estado de Antioquia, amigo íntimo y grande y apasionado panegirista de Bolívar. Fue en dos épocas historiador de Colombia (y en ninguna de ellas tuvo la imparcialidad por guía) Fue buen padre de familia, hombre laborioso, de grande instrucción y de buen talento. Por la noche muere el jovencito Eliseo Ortega Restrepo, herido por la mañana por su primo Daniel Soto.

Día 3. Muy opaco y lluvioso. A las once del día ha sido conducido el cadáver del doctor José Manuel Restrepo de la casa en donde vivía al cementerio, llevando bastante acompañamiento a pesar de la lluvia.

Día 4. Muy lluvioso.

Día 5. Lluvia continua. Por la noche alguna alarma, pues se aseguraba que la cuadrilla de asesinos mandada por Carranza estaba cerca y que los godos de aquí intentaban dar un golpe.

Día 6. Lluviosísimo. Noche tempestuosa, creciente del río de San Francisco, la cual causó algunos daños. Se unen en matrimonio el señor Juan de D. Lalinde y la señorita Florencia López.

Día 7. Muy lluvioso. Se habla de muchos altercados serios habidos en la convención y que pueden afectar la buena marcha de los negocios públicos. Se instala la sociedad democrática.

Día 8. Opaco, alguna lluvia por la noche. Por la mañana se celebraron las honras fúnebres del doctor Restrepo, las cuales fueron muy decentes y concurridas.

Día 9. Opaco, noche lluviosa. A la madrugada han sido reducidos a prisión muchos individuos como sospechosos. Por la tarde han sido puestos en libertad.

Día 10. Muy lluvioso. Muere la señora Juana Sánchez de Suárez.

Día 11. Mañana lluviosa, tarde y noche sin lluvia.

Día 12. Fuerte tempestad a la una de la tarde. Muere por la mañana el doctor León Licht.

Día 13. Lluvioso. Exequias en San Francisco del doctor Licht. Reciben la bendición nupcial el señor Rafael Pardo y la señorita Bárbara Defrancisco.

Día 14. Muy lluvioso. Muere el doctor Andrés María Gaol, conónigo provisor del arzobispado. Hombre inofensivo (de pocos alcances y rancia educación, pertenecía al clero ultramontano; el nombramiento que hizo en él el arzobispo Herrán pone de manifiesto su escaso talento y poquísima instrucción). Era natural de Tunja. Este sacerdote era sin embargo hombre de mérito como antiguo patriota, y por su trato sencillo y por su buen carácter.

Día 15. Muy lluvioso. A las nueve de la mañana fue conducido el cadáver del doctor Gallo de la casa de su habitación a la catedral, en donde se le hicieron las exequias.

Día 16. Lluvioso. Sale el número 1.º del periódico titulado *El Ciudadano*.

Día 17. Muy lluvioso. Día 18. Muy lluvioso.

Día 19. Algo lluvioso. Muere el señor Moisés Moreno.

Día 20. Muy lluvioso.

Día 21. Algo lluvioso. Muere la señora Evarista Rivera.

Día 22. Algo lluvioso. Se casan el señor Miguel Larrota y la señorita Carmen Fernández.

Día 23. Lluvioso. Día 24. Lluvia continua.

Día 25. Muy lluvioso. Muere el señor José Díaz Castro. Se unen en matrimonio el señor Eladio Ruiz y la señorita Clementina Mares.

Día 26. Mucha lluvia. Muere la señora Joaquina Trimiño de Ahumada, joven excelente.

Día 27. Poco lluvioso.

Día 28. Poca lluvia. Muere el religioso franciscano Simón Candia, antiguo y decidido patriota. Muere el señor Vicente Lora.

Día 29. Hermoso tiempo. Honras fúnebres por el alma del general Obando. Exequias del padre Candia en San Francisco.

Día 30. Opaco, poca lluvia. Preces en San Francisco por el alma de Cuéllar. Por la noche reciben la bendición nupcial el señor Aníbal Galindo y la señorita Nestoria Calvo.

MAYO

Día 1.º Buen día, fuerte aguacero al anochecer. Muere en Sopó el apreciable caballero señor don Juan Ortega, hombre de genio apasible y bondadoso carácter, era justamente apreciado entre todos los que lo conocían.

Día 2. Bello día, diáfana y lindísima noche.

Día 3. Mañana opaca, tarde y noche bellísimas. Por la noche muere el capitán retirado Hipólito Maldonado.

(Continuará).

CARTA DE ANTONIO VILLAVICENCIO (1)

Excelentísimo señor:

Emprenderé desde luego mi marcha a Cartagena para regresar a Cádiz, en virtud de la real orden que, con fecha 16 de agosto del año último, me comunicó el señor don Nicolás María de Sierra, en que me previene que dando Su Majestad por concluída la comisión que se había dignado confiarme, regresare a dicha ciudad para informar verbalmente cuanto fuese conveniente a ella. He detenido mi viaje por algunos días, para imponerme por mí mismo de si se reconocen o no las cortes, o si este gobierno piensa nombrar los diputados para ellas, o remitir los poderes e instrucciones para los señores suplentes de este reino. Hasta ahora nada se ha decidido, y en mi opinión que nada se verificará hasta la total reunión del congreso instalado en esta capital, el 22 de diciembre último. Concluída mi comisión y expedido a solicitud mía el pasaporte por esta junta, nada puedo hacer aquí, y por consiguiente, sin esperar las órdenes e instrucciones que por triplicado tengo pedidas a Su Majestad por el conducto del señor don Miguel de Gardizábal y del señor primer secretario del estado y del despacho, emprenderé desde luego mi salida de esta capital. En los meses de agosto, septiembre y sucesivos tengo informado a Su Majestad del verdadero estado de las cosas del reino, incluyendo comprobantes y cuantos papeles públicos han salido, y que manifiestan cómo se piensa aquí y la serie de los sucesos ocurridos.

Deseo con ansia llegar a Cádiz, para verbalmente imponer al supremo gobierno de la nación, de las causales que motivaron en algunas provincias de este reino el desconocimiento al concejo de regencia que tenían reconocido, y los únicos medios de restablecer la amistad y unión de este reino con la España europea y salvar a estos desgraciados y leales habitantes de la guerra con que ya amenazan los jefes de las provincias de Cuenca, Guayaquil, Quito, Popayán de la parte del sur y el de la de Maracaibo por el norte; he oficiado con todos estos jefes, rogándoles y exhortándoles a nombre de Su Majestad se abstengan, hasta recibir las órdenes del supremo gobierno de la nación, de toda hostilidad y de todo acto que pueda exasperar más los ánimos y empeorar el estado de las cosas, que, en mi concepto, su conducta impolítica, aumenta el odio que ha concebido la gente del país, contra todo español europeo y que directamente contribuyen, a pesar suyo, con su sistema, a las máximas de separación de la madre patria, desorganización y ruina establecidas por el emperador de los franceses; preveo fatales y terribles consecuencias, si no se dan las más prontas y terminantes órdenes y claras instrucciones a los jefes de las provincias limítrofes de las que no han reconocido al gobierno de España fiel a Fernando 7.º

He leído con el mayor dolor en la gaceta de la regencia, de 18 de octubre del año último, que el sabio decreto de las cortes,

de 15 del mismo, concluye con las palabras: «*dejando, sin embargo, a salvo el derecho de tercero,*» estas últimas expresiones las interpreta cada uno a su modo, y todos se persuaden que es dejar un campo abierto para pesquisas y procedimientos judiciales; no olvidan el indulto solemnemente ofrecido por el virrey de este reino, don Antonio Amar y por el conde Ruiz de Castilla, a los autores y demás sujetos de la junta instalada en Quito el 10 de agosto de 1809, quebrantando con tanto descaro e injusticia, y cuyo resultado ha sido el 2 de agosto del año último tan terrible y funesto para aquella ciudad. Con toda franqueza y verdad, puedo asegurar a vuestra excelencia para noticia de Su Majestad, que esta conducta indigna de los dos citados jefes ha cimentado en estos dominios una desconfianza absoluta de las promesas y ofertas del supremo gobierno y ha causado las revoluciones o trastorno del gobierno en la provincia de Venezuela y demás de este reino.

Ruego a vuestra excelencia se sirva traer a la vista mi largo informe sobre el estado miserable en que encontré a este reino; lo formé en Cartagena de Indias, en fecha 24 de mayo del año último. Mucho podrá convenir su nueva lectura, pues su excelencia verá, aunque con amargura, que los magistrados, con su ineptitud e impolítica, han sido los móviles de la revolución que he predicho en mis informes de 24, 28 y 29 de mayo y 1 y 4 de junio siguientes de 1810, no dejando de tener gran parte el consejo de regencia, con los premios dados a los cabildos y jefes que se opusieron a los quiteños, a quienes llamaba insurgentes en algunos párrafos de las órdenes, y con el decreto de 30 de abril del mismo año, en que se prohibía en América todo papel público, nacional o extranjero, a excepción de la gaceta de la regencia que se leía con la mayor desconfianza, descrédito que nacía de las *Cartas de España, Anbigues, El Español y Gacetas inglesas*.

Si las cortes no emplean toda su liberalidad y sabiduría en nivelar a los habitantes de estos dominios con los de Europa, en derechos, prerrogativas y en todo cuanto comprenda la extensión de la palabra *igualdad de derechos*, jamás se destruirá la rivalidad de europeos y americanos, todo será temores, desconfianzas, odios eternos y en fin, consumir la ruina de ambas Españas y poner en ejecución el plan del emperador Bonaparte.

A. V.

(1) En el número anterior de nuestro *Boletín* hablamos de un volumen extraído de la Biblioteca Nacional que contenía piezas de altísimo interés. Afortunadamente se había tomado copia de algunas de ellas, como allí lo dijimos. Este documento parece ser el señalado con el número 7 en el respectivo catálogo. No tiene fecha, pero se comprende que es de principios de 1811 y escrito en Bogotá. Está firmado en la copia con sólo las iniciales, las cuales corresponden a Antonio Villavicencio—E. P.